
PROA



N.º 13

B'AIRES

R E D A C T O R E S D E P R O A

| | |
|-------------------------------|-------------|
| Francisco Luis Bernárdez..... | (Argentina) |
| Jorge Luis Borges..... | (Argentina) |
| Norah Borges..... | (Argentina) |
| Brandán Caraffa..... | (Argentina) |
| Adelina del Carril..... | (Argentina) |
| Guillermo de Torre..... | (España) |
| Macedonio Fernández..... | (Argentina) |
| Oliverio Girondo..... | (Argentina) |
| Ramón Gómez de la Serna..... | (España) |
| Ricardo Güiraldes..... | (Argentina) |
| Alberto Hidalgo..... | (Perú) |
| Pedro Leandro Ipuche..... | (Uruguay) |
| Eduardo Juan..... | (Argentina) |
| Valerio Larbaud..... | (Francia) |
| Juan Marín..... | (Chile) |
| Sandro Piantanida..... | (Argentina) |
| Alfonso Reyes..... | (México) |
| Salvador Reyes..... | (Chile) |
| Fernán Silva Valdez..... | (Uruguay) |
| Xavier Villaurrutia..... | (México) |

D I R E C C I O N

Francisco L. Bernárdez — Jorge Luis Borges — Brandán Caraffa

A D M I N I S T R A C I O N

Subscripciones, avisos e impresión: Raul Aquiles Nocito

COMMERCE

PAUL VALERY
VALERY LARBAUD
LEON PAUL FARGUE

7 RUE DE L'ODEON
PARIS

INTENTIONS

M. PIERRE ANDRÉ-MAY
DIRECTOR

RUE PHALSBURG (XVII)
PARIS

La Nouvelle Revue Française

Revista Mensual de Literatura y Crítica

DIRECTOR: GASTON GALLIMARD
SECRETARIO: JEAN PAULHAN

3 RUE DE GRENELLE (VI)
PARIS

La Revue Européene

REVISTA MENSUAL

EDMOND JALOUX
VALERY LARBAUD
ANDRE GERMAIN
PHILIPPE SOUPAULT

6 Rue Blanche PARIS

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Llega a Buenos Aires hacia el 25
de cada mes

DIRECTOR:
E. MARTINENCHE

2 Rue Scribe
PARIS

MANOMETRE

DIRECTOR:
EMILE MALESPINE

49, Cours Gambetta
LYON-FRANCIA

PLURAL

Revista mensual de Literatura

JUANELO, 13 Y 15
MADRID

RONSEL

DIRECTOR:
CORREA-CALDERÓN

OBISPO IZQUIERDO I.
LUGO

ZWROTNICA

DIRECTOR: THADÉES PEIPER

JAGIELLONSKA 5-KRAKOW
CRACOVIA

L'ESPRIT NOUVEAU

OZENFAUT Y JEANNERET

35, RUE DE SÈVRES
PARIS (VI)

ARIEL

Publicación mensual
de Arte y Crítica

CASILLA N.º 934
SANTIAGO DE CHILE

LA REVISTA

Cuadernos de
publicación quincenal

RAMBLA DE CATALUÑA 125
BARCELONA

PROA

Año segundo -- NOVIEMBRE -- Número 13

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ
JORGE LUIS BORGES
BRANDAN CARAFFA

BUENOS AIRES DE 1925



REDACCIÓN:
AVENIDA QUINTANA 222

S U M A R I O

| | |
|---|----------------------|
| <i>PROA</i> | Redacción |
| <i>400 atmósferas y El Retrato</i> | Julio Supervielle |
| <i>Pintura Cardinal</i> | Alfredo Gangotena |
| <i>Literaturas europeas de vanguardia</i> | Ricardo Güiraldes |
| <i>Playa</i> | Jaime Torres Bodet |
| <i>París de Francia</i> | Valerio Larbaud |
| <i>Contando Estrellas</i> | Soler Darás |
| <i>Deportismo y Energética</i> | Guillermo de Torre |
| <i>La trompeta de las voces alegres</i> | Pedro Leandro Ipuche |
| <i>Express</i> | Brandán Caraffa |
| <i>La Tierra Cárdena</i> | Jorge Luis Borges |
| <i>Volviendo del Amor</i> | Guillermo Juan |
| <i>Le Navire d'Argent</i> | A. del Carril |

Cartas de V. Larbaud, C. Villaurrutia y A. Hidalgo

V I Ñ E T A S D E N O R A H B O R G E S

ESTILIZACIONES DE SALGUERO DELA-HANTY

P R O A

Viaje magno de exploración y de conquista. Convicción de la existencia de un continente único, fundado sobre las capas astrales de las ondas de Hertz.

Un año de montar los vientos sinuosos y las olas adversas.

Doce naufragios; y como el griego, doce corazas robadas al fracaso.

Calafateada de optimismo, PROA surge con el sabor antiguo de los frutos maduros.

Dos meses de resuello le han servido de bolsa para garantizar la vuelta en su segundo viaje.

La generosidad de los arribos, obligaron el tino de la plana mayor. Y el retiro del viejo lobo (impecable y gentleman Güiraldes) que seguro de no atesorar más rolidos, se sienta en los muelles a trenzar con su pipa la epopeya de su *Segundo Sombra*, abrió un paso a la angustia, dislocando el triángulo pitagórico, cuyo nuevo lado debía medir equivalentes auroras.

Fué preciso sondear afinidades y alear temperaturas. Y la experiencia del timón y de la espada, ataron nuestros ojos al vuelo sereno y arriesgado del cantor de Alcándara. Había que reconstruir la cifra cabalística, única que tiene la virtud de ser-muchedumbre y guardar sin desmedro las tres unidades.

Así PROA reafirma su blasón de independencia de cenáculos y de grupos, dirigida por tres escritores cuyo mejor título es su individualismo conservado a través de todas las tácticas. Y es este *ismo*

el único que rige nuestra brújula, cuyo norte busca reciamente los eternos caminos del arte. Consideramos excesiva la prolijidad de cierta crítica que al hablar de Proa habló de *ultraísmos* y duendes trasnochados.

Nuestro viaje ha sido alrededor de continentes y no de aldeas.

Hemos lanzado la pubertad de nuestras velas a los altamares que vieron el zarpazo de las naves maestras; y la Biblia (suma poética) ha sido nuestro libro de bitácora.

Así con el pecho más vasto, nos presentamos al juicio de los horizontes, aligerado el lastre y más cerca de la muchedumbre.

Para aquellos que sin conocernos nos han combatido y han hablado de revista aristocrática y cara, Proa se ha vestido de caminante y así probará una vez más que las formas exteriores toman sentido por la fuerza interior que las anima.

¿Será ahora una revista proletaria? Los valores estéticos transitan por el interior de las almas, no por el traje o la habitación que resguardan los cuerpos.

Tripulada por la más alta juventud de América y de algunos países europeos, Proa regala todo el silencio que nos ha rodeado en nuestro propio país, a los archivos de la prensa extranjera, que alentó tempranamente nuestros largos coloquios con la rosa de los vientos.



400 ATMOSFERAS

A Ricardo Güiraldes.

*Cuando el grosellero que crece en el fondo de los mares
Lejos de todos los ojos mira madurar sus grosellas
Y las compara en su corazón,
Cuando el eucaliptus de los abismos
A cinco mil metros líquidos medita un perfume sin espe-
ranza
Labradores fosforecentes resbalan hacia mieses acuáticas.
Otros buscan en derredor la felicidad con sus palmas mo-
jadas
Y el color de sus hijos aún opacos
Que crecen sin descubrirse
Entre algas y perlas.
El amor se lanza a través de las masas líquidas caedoras
Y el júbilo es evasivo como la melancolía.
Se penetra como en la iglesia bajo cascadas de tinieblas
Que no hacen espuma ni ruido.
A veces se adivina que pasa una nube venida del cielo libre
Que dirige los sueños en la mano, un grave niño de la costa
Entonces se encienden uno a uno los faros de las profun-
didades
Que violentamente son más negros que la negrura
Y giran.*

(Traduc. de A. del Carril.)

E L R E T R A T O

*Madre, yo sé apenas cómo se busca a los muertos;
Me extravié en el alma, en sus rostros escarpados
Y en su zarzal de miradas.
Ayúdame a regresar
Desde mi horizonte que absorben labios vertiginosos.
¡Ayúdame a yacer inmóvil,
Tantos ademanes nos separan, tantos lebreles despiadados!
¡Enmudezcan las jornadas que me desgarran los años
En sanguinolentos paisajes
Y esas testas en ofrenda
Que apresúranse en la noche a golpear la ventanilla
de los trenes!
Sobre la fuente me incliné, donde tu silencio conspira
En un reflejo de ramajes que tu alma hace temblar.*

*¡Ab! sobre tu fotografía
Ni siquiera puedo distinguir de qué lado sopla tu mirada.
Sin embargo vamos juntos, y conmigo tu retrato,
El uno tanto al otro condenados
Que nuestro paso es semejante
En esta comarca clandestina
Donde fuera de nosotros, nadie pasa.
Extrañamente trepamos las cuestas y las montañas
Y sobre las pendientes jugamos como dos beridos sin manos.
Mis recuerdos que pudieron ser vivientes tienen gusto de
(cartón).
Gotea un cirio, cada noche, sulpica el rostro de la aurora,*

*De la aurora que cada día emerge de las densas sábanas de
(la muerte,*

Medio asfixiada ya,

Tardía en reconocerse.

Te hablo duramente, madre mía.

*A los muertos hablo duramente porque es menester hablar-
(les duro,*

De pie sobre techumbres resbalosas,

En portavoz nuestras manos, con tono también de enojo

Para dominar el aturdidor silencio

Que anhelara separarnos nosotros los muertos y los vivos.

*De ti guardo albasas varias como fragmentos del invierno
Que descienden los arroyos.*

Tuya fué esta ajorca que brilla en la noche de aquel cofre,

En la triturada noche donde el cuerno de la luna

Su orto tienta vanamente

Y recomienza para siempre prisionero de lo imposible. . .

Tan fuertemente fué tu misma yo que lo soy tan débilmente

Y remachados los dos tanto que debimos morir juntos

*Como dos marineros medio ahogados entrambos impidién-
(dese nadar*

Y dándose cosas aun en las profundidades del Atlántico

Donde han principio los peces ciegos

Y los horizontes verticales.

Porque antaño fuiste yo.

Mirar puedo ahora un jardín sin pensar en otra cosa,

Elegir entre mis miradas

Y pronto correr a mi encuentro.

Acaso demora todavía

Alguna uña de tus manos entre las uñas de mis manos,

Una de tus pestañas confundida con las mías;

*Uno de tus latidos extraviase entre los latidos de mi corazón,
Le reconozco entre todos*

Y sé luego contenerle.

*¿Mas, tu corazón late empero? Ya no tienes necesidad de
(corazón.*

Vives de tí separada como si fueses tu propia hermana

Mi muerte de veintiocho años en tu sonrisa sin amarras,

Mirándome de tres cuartos,

Con el alma en equilibrio y llena de discreción.

Llevas la misma túnica que ya nada le usará más,

En la eternidad entró con una inmensa dulzura,

A veces cambia de color ,mas soy el único en saberlo.

Cigarras de cobre, leones de bronce, víboras de arcilla,

Nada respira en mi contorno.

El aliento de mi engaño

Sólo vive, sólo vive mil leguas a la redonda.

Busco tanto en estos cofres que me circundan brutalmente,

Desquiciando las tinieblas

En cajas profundas, tan profundas

Como si ya no fuesen de este mundo;

Y he aquí en mi muñeca

El mineral pulso de los muertos,

Aquel mismo que se escucha si el cuerpo se aproxima

De los estratos del cementerio.

(Traduc. de Alfredo Gangotena.)

J U L E S S U P E R V I E L L E

PINTURA CARDINAL

A Paul Bar.

¡Albricias! todos hablan de la herencia; y se deleitan con cordeles porque, agrimensores, nos repartirán la planicie, los collados y el torrente. El agua aquella corre acaudalada en las hebras de mi voz, dijérase el alimento de a inminente estrofa aquí anunciada. Cuya hazaña te divide — más pura que la raya meridiana — mar solemne en mente umbría.

Tanto os sirva esta página dorada de argumentos, como a la frondosa noche el pensamiento de la araña.

Se desata el viento del desierto y sopla en mi ladera; con gran ahinco, desde el borde, las aves terrenales cubren su pausa memorable.

Ebano profundo del ensueño, la pupila; la redoma y el crisol; el alga verde ya tejida en el tallo de los lirios; vuestro elixir, pobladores del estío; y cementando aquellas voces congeladas, el pan ázimo entre los dientes; el ciego mismo extraviado en el cristal; el cuadrante a merced como un astro vagabundo; todos: caña, estameña, licopodio; y el azúcar de las peñas escuchan tu dulce advenimiento. ¡Oh sol de la espesura!

En la pradera pronto avanzo con mi paso de alfabeto; sin plomada: mi ansia entre la flora es de médula y fuego de columna.

¡Oh negro escollo y fúnebre como el árbol del abismo! Haced, Dios benéfico, que mayo cuaje en la yema tácita, en el almíbar de la menta.

El oído, nocturno en sí, adelanta en la ribera para zumbar luego en el plomo de las olas. Cinco cuerdas se anuncian dilatadas que el metal mismo se sostiene en el ambiente: de seda una vibra cabe el arroyo planetario; ésta es pluma airada en

el eco de la altura; ora vigila el equilibrio de los montes; la cuarta, tempestad — ¡acorred! de la corteza ya renace Sebastián. ¡Oh cigarras, soy la última, toda lágrimas, lindo el aroma de los cálices!

Música, música de imágenes y de signos. A fuer de gracia la vid florece entre vendas de oro, la selva se presume en los pistilos. Como ángel del atajo, el grito polar ahuyenta los navíos; el drama de sus arcas enmudece en las franjas de la luna.

El astro, hartó de olanes y brocados, infunde, en mis provincias, el relámpago del martillo en la tiza de la aldea.

Enjambres, allá vedme: soy el canto, soy la luz de las espigas.

Minas bajo el ala soñolientas, dadnos plata para el viento, para el friso y las espuelas, cuya nieve engalanará el nacimiento de las flores.

Las membranas de la sombra merman el celaje del océano.

Y la misión, tan de bruces, penetra en el diamante de las hachas. Músculo de mis sílabas, ¡oh gonces de la tierra, abiertos al otero de las auras: la lengua sepa en vuestro reino la amargura del destierro! Mi discurso se agiganta en el contorno y con los matices de la roca: melodía de agua regia en el hierro y en el bronce.

Como un mendigo golpeo y llamo a las puertas latentes de este mundo. Maestro soy en artes, mi pincel os dirá la decencia del paisaje.

Porque la luz vertiginosa se filtra entre zarzas de coral; en acecho, cual dardo de rojo azufre descende llamas la vertiente. ¿Con qué ánimo, el mensajero, en esta senda habrá de reposar su congoja y su mirada?

¡Retoña, ave turbulenta; apura en el guijarro tu velamen!

En reverencia acuden las fieras todas para tesón de la inculta obscuridad.

Anduvimos sombra adentro, la estepa junto al hombro; ¡ay! a nuestro paso el gemido de los surcos más denso que tu

aliento, selva ingrata. ¡Apártate de este siglo! desde el abismo el reno rumía la orla ardiente de aquel muro: asilo corto de las nubes, asilo semejante al que en la palabra encuentra el pensamiento. En mi rostro, en el vertical anhelo ¡oh Tajo! convergen tus linfas polvorientas (ocre rastro de la almena sacudiendo su granito en el rumbo del halcón). Creceré con holganza en pos mismo de mi alma; y me pierda donde ara a flor de nardo el serafín: en la ojiva portentosa de las manos.

No alcanza bosques el trabuco, mas el éxtasis y mi espada con el iris de las águilas arrebatan cierzos, asumen la cantera y la batalla. Gran Doménico, las barcas del diluvio, cual eslabones de cadena, se arrancan, empero ruedan sobre el declive inmemorial.

La escarcha en cuyas ondas parece la memoria. El molinero agobiado contempla, sobre la pesadumbre de los codos, en la niña de sus ojos el más amargo que los lagos inmenso espacio boreal. Quién se desconsuela en la pascua de los céfiros; y no conozco falaz cortina que un fantasma no haya desflecado en las vidrieras. Ladra un lebrel de catacumba (así ácido el árbol secular), luego lame la huella obliterada en aquel campo de almidón.

¿Y quién me dirá el abolengo de las moscas, sino esta rama heptacordia o raíz en la absurda crecencia del cenegal? No existe brocal, fronda ni fronteras: vedme entonces como el párpado del insomnio, ¿en qué comarca me desquicio?: en el globo, para siempre, de mi ceguedad. El hambre íntegra en el sistema de mis poros; me acosa el hambre de tu albura, ave esplendorosa toda sienes.

La arteria aorta trepa recio.

Cuánto lino de los polos se desvanece en mi faz de agonizante.

¡Oh Señor!, ¿en qué huracán se mecerá (si vinieses a pasar) mi espíritu miserable de tinieblas?

Alfredo Gangotena.



S I L V A V A L D E Z
S A L G U E R O D E L A - H A N T Y

Literaturas europeas de vanguardia

No conozco ningún otro libro de crítica tan completo. Algunos [oh condena del nacionalismo en su sentido privativo y de la celda de los idiomas], no han ido más lejos que los límites preconcebidamente trazados por sus autores. Que un francés, inglés, español o ruso no pueda sobrepujar su inconciente imperialismo intelectual, es asunto que pertenece a la patología del orgullo racial; ese orgullo que tan bien se ahoga en sangre de conflictos por limitación comprensiva de un país a otro, de una mentalidad a otra o, más bajamente, de una conveniencia a otra. En la república intelectual, deberíamos estar libres de tales sanguinarios juegos de niños y no pretender nacionalizar la inteligencia, el arte, el genio, sino por lo contrario facilitar por las traducciones y comentarios el crecimiento del mayor de los privilegios humanos y el que, pese a la ceguera de los negadores rige los actos futuros: el talento. Guillermo de Torre publica un libro de información y crítica que abarca los últimos años de inquietud intelectual europea, estudiando la obra total de ésta tanto en Francia como en Italia, Alemania y España. Valerio Larbaud, creador del europeísmo en la novela con Barnabooth, y en la poesía con los poemas de este mismo prototipo, se ha empeñado en querer, igualmente en la crítica, nivelar valores con criterio internacionalista, trayendo a la expresión francesa la genialidad de los autores que juzgaba excelentes. Esta obra de Larbaud crecerá con el tiempo en significación. Pero a Guillermo cabe el honor de un estudio de tendencias y escuelas literarias del último momento, en ese sentido internacional europeo que sí entiende de talento y no de bozales patrioteros ni idiomáticos.

Guillermo da sobre todo importancia a grupos y credos de grupo, estudiando a las personalidades dentro de éstos, con lo cual deja un tanto de lado a las individualidades aisladas cuya importancia polémica es menor. Puede no ser éste el criterio de otros, que atentos sobre todo a las obras, consideradas como individuos, se habrían dedicado a ellas dejando un poco de lado la parte histórica de la literatura en beneficio de la parte propiamente literaria. Pero este otro

criterio no estaría precisamente con el momento, perdiendo así el sello de actualidad que tan bien ostenta el trabajo en causa. Nuestro amigo sigue la ansiedad intelectual del hoy literario, que puja en grandes barbotones colectivos nuevas orientaciones, capaces de encauzar anarquías individuales hacia un criterio-tipo. Guillermo siente con eficacia de antena los movimientos del pensamiento humano y no los de un hombre (por lo menos hasta tanto por su influencia este hombre no haya llegado a sintetizar la aspiración de un alma-grupo según el modo de Romains).

El libro lleva por título «Literaturas Europeas de Vanguardia» y no «Obras de Vanguardia» circunscribiendo con ello la atención del lector a un *modo* de mirar la producción contemporánea. Literaturas significa aquí un aspecto fragmentario de literatura, puesto que con sólo el plural admite que puede haber más de una literatura. Y no hay en esto crítica pues el pensar de un modo distinto no significa, para quien no está cegado por su propia hinchazón, un desprecio de la opinión no ya contraria sino distinta. El error de enfocamiento para quien quiera ver el hoy literario, está más bien de parte de los que se fijan en individualidades no influídas y no influyentes.

Guillermo pues se coloca en el punto de observación justo y de ahí la utilidad de su libro. Paul Valery, Joyce, Marcel Proust, tendrán poca cabida en este ángulo visual. En cambio un inquietador como Huidobro aparecerá frecuentemente. Está bien. Romains, ya citado, ha previsto en plazas y calles y salas de concierto y otros ambientes populares, estas almas-grupo que cuajan también en terrenos puramente ideológicos. Ellas se distinguen como masas corales en las que no habría que buscar el solista, dado que éstos no se cuidan de armonizar con el conjunto.

Con el libro de Torre tenemos la ventaja de estar en un terreno claro y bien ordenado. El comienzo nos coloca en la modalidad crítica del autor. Bajo el título genérica de «Frontispicio» leemos los siguientes subtítulos: «El sentido de la nueva crítica», «La crítica constructora, y creadora», «La comprensión de amor», etc. ... El primer párrafo dice así: «La crítica nueva ha de ser afirmativa. La crítica de las tendencias vanguardistas europeas, analizadas en este libro, tiene como primordial una misión constructora: La crítica identificada amorosamente con el sujeto, puede elevarse, desde su primitiva zona especuladora, a un plano de creación. He aquí tres afirmaciones

fervorosas que considero urgente estampar liminarmente a la entrada de la galería iluminada de este friso viviente de los ismos estéticos contemporáneos más significativos».

Podemos a voluntad ponernos o no a tono. Yo por mi parte acepto jubilosamente esta *tessitura* exaltada y zambullo en las páginas.

Establecidos la adopción y el rechazo de ciertas aposturas de crítico y de ciertos factores literarios, la ordenación nos trae a la «Primera parte» con subtítulo de: «Gestas de Vanguardia». En éstas caben: «El movimiento ultraísta español», «La modalidad creacionista», «Los poetas cubistas franceses», «El movimiento *Dada*», con un apéndice sobre «Neodadaísmo y Superrealismo», «El mal del Siglo» y finalmente «El movimiento futurista italiano». (No sería malo hacer notar que el orden cronológico está invertido).

Es este período del libro el que más aptitudes de desfacedor de entuertos y desatador de nudos gordianos necesita. Entran en él una enumeración de precursores, una liquidación de valores y el paseo por un laberinto que es rompecabezas con aspecto de indescifrable. Guillermo nos conduce con ojos de visionario-clasificador, por en medio de los retozones corcovos de la inteligencia, a veces mística, a veces prostituida en contorsiones de histrión. Salimos del paso con la calbeza un tanto desenredada de fechas y clasificaciones, contentos como un vencedor de «cross-country».

Como sucede en los cinematógrafos, que siempre, después de una primera parte anuncian que «sigue la segunda», en el libro de Guillermo el orden numérico es riguroso, presentándonos esta «Segunda Parte» con el subtítulo de: «Desde el mirador teórico».

Aquí está a mi juicio el caracú del libro y creo que si eligiendo maliciosamente un punto ideal apoyáramos en él nuestro dedo, todas las páginas responderían «sacudiéndose el polvo». Y es que a nosotros también nos vienen impulsos de largarnos en la aventura y remover, como para un viaje, todos los viejos trastos que estaban ahí, patinándose de edad.

Pero mejor lo hace Guillermo.

¿Para qué entonces seguir estas marginales apuntaciones tan inútiles? Enumerar los espectáculos que contiene esta Feria intitulada Literaturas Europeas de Vanguardia, adjuntándole un comentario, es imposible. Elegir entre los tópicos diversos y sin embargo unidos, sería arbitrario. Anteponer nuestro juicio al del autor, sería pretencioso... No hay en definitiva, al menos para mí, un punto por donde tomar este libro que parece estarnos diciendo a lo torero: ¡Dejarme solo!

Y exclamemos para concluir:

¡Qué suerte que tal obra nos venga de España!

Alivia grandemente que al criterio de suficiencia peninsular que pretendía ignorar lo que había «más allá de los Pirineos», siga este amplio además de explaye, fuerte como una «Hélice», que en un elemento más sutil que el terreno, vence límites sin percatarse siquiera de su existencia.

Y no quien quisiera podría haber llevado a cabo este trabajo. Se necesitaba un sólido conocimiento de idiomas, una capacidad de atención doblada por el entusiasmo, un repaso atento a la clasificación de menudos hechos y la voracidad de una salud mental extraordinaria. Se necesitaba ¡oh paradoja! ser viejo y joven a la vez. Yo no sé cómo han podido hacer tan bien esta proeza los veinticuatro años de Guillermo.

«Literaturas Europeas de Vanguardia» es un libro imprescindible para quien quiera penetrar en la actual vorágine creadora. Es el único y admirable compañero de orientación en medio de la espesa bruma de gritos de dolor, de farsa y de alegría del gran «Weltgesang» moderno.

Buenos Aires, Agosto 1925.

R I C A R D O G Ñ I R A L D E S





P L A Y A

*El mar estaba llorando
contra las puertas del alba
por entrar
a las tierras de mi alma.*

*Con estrellas
salpicaba
las ventanas de la playa,
y el encaje
de las olas desflecadas
al tocar a unas gaviotas
convertía espuma en alas...*

*Por entrar
a mi alma
gime el mar
contra las rocas del alba.*

*Aceros de inmensidad
limando la sombra estaban
cuando el día tocó el mar
con largos dedos de plata
y lo balló
arrullándose en sus lágrimas.*

*¡El tan cerca de mi mal!
¡Del suyo, mi vida, esclava!
¡Ay,
quería romperse el mar
contra las puertas del alba
por entrar
a la tierra oscura, amarga,
por entrar
a la tierra de mi alma!...*

Jaime Torres Bodet.



PARIS DE FRANCIA

Publicamos esta traducción de una de las composiciones últimas de Valery Larbaud aparecida en el primer número del "Navire d'Argent", como homenaje al gran amigo de Proa que tan bien nos ha apadrinado en el N.º 2 de "Commerce" y el número de Mayo de la "Revue Européenne".

Después de cuatro años de estado de sitio, bombardeos y epidemias, — cuatro años que ahora nos parecen más bien pertenecer a la historia política y militar, — hemos visto nuestra bien amada ciudad de París salir de las tinieblas y retomar su bella postura de Capital del Continente. Pero esta vuelta a la marcha no tuvo nada de mecánica; por el contrario: fué casi dolorosamente conciente. En ese momento, nosotros sentimos que París se replegaba sobre sí mismo, y, como Ulises, meditaba buscando y desentrañando fuerzas y esperanza en su amado corazón. Después de la tempestad, después de la fluctuación, constatar que una vez más uno se ha zafado sin zozobrar y ocuparse de la maniobra: reparar la barra y el timón, restituir las velas al viento, en la popa izar el pabellón y la lumbre nueva en la punta del mástil, — y boga nuestra hermosa nave de plata, la misma que *tanto tiempo condujo la flota* (Walt Whitman: O star of France...) y que se apresta a conducirla aún...

Mas penoso fué el primer pique de la nueva partida sobre la ola todavía turbia y agitada. Encontrarse a sí mismo. Preguntarse si verdaderamente no se tiene nada roto; retomar conciencia de cada uno de sus órganos; examinar inquisitorialmente cada célula de su enorme substancia gris... Por primera vez nos discutieron y nos discutimos a nosotros mismos nuestro derecho de ciudadanía. ¿Es Vd. un verdadero parisiense? Vd. no tiene aspecto; ese acento, ese gesto, esa mirada, lo denuncian... La Máquina—de empachar—Cráneos nos había presionado y comprimido tanto tiempo, nos habían adiestrado tan bien

a pensar en masa, tan bien amotinado contra las disidencias, tan bien acostumbrado a derivar lo desbordante de nuestro mal humor hacia vanas apariencias, tan bien convertido en pesquisas y pesquisantes, tan bien desviado de la crítica de los asuntos públicos en provecho de ciertos dogmas y del espíritu de terror, que continuábamos buscando, viendo y persiguiendo en derredor nuestros, a los Sospechosos.

Y nosotros mismos entre esos sospechosos. Tomé conciencia de París cuando tenía seis años, y desde la edad de nueve no he cesado de tener en él mi principal asiento, mis más caros intereses. Pero, ¿me da esto derecho de decirme parisiense? Y Fulano que, él, es nacido en París, no tendrá razón en considerarme como un intruso, como un provinciano, quizá como un «Heimatlos», una especie de Gringo o de Boche, como un pordiosero o como un «croco», — en fin, como una lastimosa o detestable muestra de una de esas hordas que no siendo verdaderos parisienses, están sentados a la sombra de la muerte? Pues Provincia y Extranjero, es una sola y misma región infernal.

Pero ese mismo Fulano, que me abate con su nacimiento parisiense, cuando hablamos de nuestros recuerdos de infancia lo encuentro bien discreto en lo que concierne a la impresión producida por algunos hechos importantes de la historia de nuestra ciudad,—tal como los funerales del Mariscal de Mac-Mahon o las Fiestas Rusas,—que tan vivos recuerdos han dejado. Sin embargo, tenemos la misma edad. Pero es que en ese tiempo él no estaba en París: son esos años a los cuales jamás alude, que pasó en X..., pequeña ciudad del Languedoc de donde su familia es originaria (a veces se diría que él ha conservado un poco de tonada). A su vez será humillado por este otro que no sólo es nacido en París pero que jamás salió de él, sino para excursiones y vacaciones de parisiense: los arrabales y playas normandas.

Pero puede que ni siquiera ese tenga aire parisiense, que algo en él difiera o lo aleje del tipo parisiense ideal, de la idea que uno se forja del parisiense. Y es lo que seguramente sucederá, si hay una personalidad algo fuera de lo común: se dirá que le falta ese yo no sé qué, esa calidad indefinible en la cual se reconoce un parisiense; y se explicará esa disidencia por un origen picardo, bretón o auverniano más o menos alejado. Un joven tolosano llegado a nuestra ciudad seis meses antes podrá pues encontrar sin dificultad vestigios de provincialismo en los más viejos habitantes de París, pues la noción de parisianismo, en ese momento, se ha exasperado, exaltado y finalmente reducido a lo absurdo la palabra «provinciano» tornándose uno de

esos insultos vagos, extensivos, aplicables a todos los casos, injurias mayoritarias y policíacas como antaño «panamista» (qué coincidencia) o «dreyfusista» y como no ha mucho «derrotista» o «emboscado».

En seguida se veía de dónde provenía esto, y Vd. se recuerda de su portero cuando Vd. le daba su dirección en Londres para que hiciera seguir su correo: «¡Ah!, el señor parte al campo?» (con un tono discretamente desaprobador). Es la idea estrecha y orgullosa que el menudo pueblo y la pequeña burguesía de las capitales se hacen de sus ciudades: Cocknays en Londres, Isidros en Madrid, Parisienses en París. Oponen su ciudad al resto del mundo que no conocen, como el pueblo de las grandes ciudades de provincia, a su vez opone la cabeza de partido que habita a la región rural que de ella depende. Por un lado hay Nosotros, los Parisienses de París, y por otra parte los medio-civilizados, los *petsonilles* y los macacos: provincianos, extranjeros. Vuestra portera y fregona están íntimamente persuadidas, y nuestro pintoresco y salvaje «julota», si leyera esto, nos diría: «No pero de qué, de que? Hablar de Paname, Vd.? Vd. no sabe lo que hacer. A la punta del muelle los fardos!» Sólo él en su opinión es el verdadero Parisiense.

Eh, sí; esta noción exaltada de Parisianidad, fluía de las profundidades populares. Era el llamado de Ulises a su querido corazón. Este desprecio, esta incomprensión militante en todo lo que respecta a lo que no es Nosotros había salido de los suburbios, se había generalizado y se les volvía a encontrar con estupefacción en los diferentes pisos de la jerarquía ciudadana. Uno se podía creer retrotraído a una época anterior a la construcción de las vías férreas. El hombre sospechado de provincialismo burlado abiertamente, el extranjero perseguido por el desprecio y la hostilidad. En mi calle, a mi paso en compañía de un amigo inglés, una comadre que charlaba se interrumpía para decir muy fuerte: «Los ingleses, tienen que quedarse en su casa»; y en la calle Monge, el borracho del sábado por la noche, luego de haberse detenido para mirarme de arriba abajo, gruñía: «Y en a-t-i des métèques a Paris! Bon Dieu, qu'on nous en débarrasse...». En el transcurso de un largo trayecto en tren, una estrella de la vida parisienne (un actor o un periodista, como se quiera) que reconocí y con quien entablé conversación, me habló de sus primeros estrenos en París y me dijo que era nacido en París e hijo, nieto, y biznieto de Parisienses, y tuvo un gesto significativo

cuando le confesé con aplomo que era nacido en provincia. Poco tiempo después supe que era nacido en Cahors, que allí había debutado, y que toda su familia era cahorsiana (o cadurciana). De modo que en esta general y divertida epidemia de parisianitis, este hombre distinguido había cometido la tontera infantil de renegar Cahors, la noble y graciosa Cahors, la ciudad natal de Clément Marot y de Olivier de Magny. (Así como ese fregón que ahora nos dijo que era nacido en París y yo supe por casualidad que era de Saint-Laurent-des-Autels (Maine-et-Loire). Renegar una ciudad que se llama Saint-Laurent-les-Autels! Pero era un pobre fregón que su único honor en este mundo era vivir en París.

Y a más nuestra ciudad habrá sido más cerrada, más tapada, más provinciana. Era como una vuelta a las condiciones primitivas de la vida ciudadana: ciudades santas y pueblos elegidos contra gentiles y naciones infieles. Vuelta a la vida huraña... pero es que importaba entonces el juntarnos, escogernos, hacer bloc, reconocernos, de volvernos a enganchar a ese *mínimum* o a ese *máximum* de Parisianidad que es nuestro privilegio, nuestro bien inmaterial inalienable. Antes de la reapertura de las puertas, antes del nuevo envío, tiempos de reserva y de separación...

Pero algunos de entre nosotros se evadían de este presente para encontrar en sus memorias una época anterior, más amable y más liberal, un estado social más desarrollado y más interesante.

Años de paz, navegación próspera, ensanche del corazón, iniciación a una vida más ancha, más variada, más complicada. «Momentos de favor y de audiencia!» (Malebranche). Acogida hecha a toda cosa nueva; y esto hasta el olvido de nosotros mismos en nuestra busca de todo lo que era otro. (La Exposición Universal de 1900 no propondió a ello mayormente).

Y por esos años la irrupción de nuestra generación y su instalación (poco ruidosa, pero digna y viril) en la proa de la Nave de Plata, nosotros desde algunos meses apenas «antiguos» alumnos de los Liceos y Colegios de París, ya familiarizados con París, crecidos en él, educados por él, nutridos de su vida, nosotros su escogida juventud, y mirando como de lo alto de una bella terraza, las Provincias sin artes, sin filosofías, sin literatura, las Provincias reflejos de París, superficialmente conocidas por nosotros como sitios de vacaciones, de convalecencias y en ciertos casos, de destierro, de «depor-

tación», — los padres tienen esos caprichos crueles — pero entonces los camaradas quedados en París nos escribían, nos enviaban las revistas simbolistas, los libros de lo de Vanier y del Mercure de France, y el contacto se mantenía; las Provincias que no eran «el campo» y de donde veíamos llegar otros jóvenes de nuestra generación, los unos llenos de dolencias, de sarcasmos y de maldiciones, como profetas acudiendo del fondo de los desiertos para maldecir a Jerusalem, y decididos a hacer ruido, insultar los poderes, demoler estrellas, gritar no en nuestras calles pero en nuestras revistas, como si encarnaran a pesar suyo, las reivindicaciones desusadas de los antiguos condados y ducados reunidos a la Corona; los otros más parecidos a nosotros, más flexibles, mejor hechos para la vida ciudadana, y que se adaptaban, se conformaban más pronto a la disciplina de París, demasiado pronto y con demasiada habilidad para nuestro gusto. Un grupito en fin que desde su llegada eran de los nuestros.

Y en nosotros el sueño, la utopía del cumplido parisiense que queríamos ser superior al de las precedentes generaciones y que asombraría las generaciones siguientes; el parisiense cuyo horizonte se extiende sobradamente más allá de su ciudad; que conoce el mundo y su diversidad, que al menos conoce todo su Continente, las islas vecinas y el otro Continente anexado por la raza blanca; que no se contenta con ser de París pero, como discípulo de Alcibiades, es londinense en Londres, romano en Roma, porteño en Buenos Aires. El hombre por las manos de quien pasa todo el oro espiritual del mundo... Y todo esto por la más gran gloria de París, para que nada sea extranjero en París, para que París esté en contacto permanente con toda la actividad del mundo, y conciente de ese contacto, y que así se torne la Capital, — por encima de todas las políticas «locales», sentimentales o económicas, — de una especie de Internacional Intelectual. Dejemos a los changadores en la calle, pelearse por los méritos de las casas nobles que sirven; mientras tanto los verdaderos patrones (filósofos, sabios, artistas, — oh, ser del número!) los maestros de mañana fraternizarían en un nuevo banquete, donde se preparará el mejoramiento del mundo... Hubo algo así en el siglo XVIII; pero todo naufragó en el despertar absurdo e inexplicable de las nacionalidades, que fué algo como un advenimiento de los changadores moneando y continuando la política de los reyes, trabajando por dinastías desaparecidas. Y bien, esta tradición de Enciclopedistas, de Humanistas y quizá de filósofos de la República Cristiana, nuestro parisiense ideal la retomaría, sin ruido, simplemente, modesta-

mente, asimilándose todo para substraer la quinta-esencia; y quizá un día este prestigio sería el suyo, que hacía decir a un Cretense, contemporáneo de Platón, a un ciudadano de Atica: «Oh ateniense extranjero! — pues no quiero llamarte habitante de Atica y es el nombre mismo de la Diosa que mereces puesto que remontas siempre a los primeros principios...» (Lástima que no se pueda fantasear sobre el nombre de París como en el de Atenas).

Aquello, nuestro ideal; y todo ideal, desde que es formulado, toma un aspecto desagradablemente escolar. Por ventura entre nosotros la voluntad era conducida y sostenida por un deseo muy vigoroso. Deseo de la más gran libertad posible, y de substraernos a todas las influencias (o por lo menos de escogerlas); deseo de enriquecernos; de conocer todo, de probar, — y para esto había que no atarse demasiado a las cosas más agradables, había que desconfiar de las modas, y de las ideas hasta de las que parecían favorecer nuestra libertad. Sobre todo había que vivir realmente, y vivir varias vidas, es decir cambiar de medio y de país. Deseo de ver mucho, y de ver bien, y claro, y lejos. Busca muy activa no del Soberano Bien, pero, — en este mundo en el que nadie puede responder por el alma de su hermano, — de nuestro Soberano Bien. Marcha a tientas hacia lo que, quizá, un místico hubiera llamado nuestra salvación.

Pero en el detalle de esta marcha heroica, ¡qué caídas ridículas! Niñerías y mistificación (de los otros y de nosotros mismos). Necesidad de incomodar las personas grandes cuyas ideas hechas nos fastidian cuando sencillamente deberíamos ignorarlas. Placer que tomamos en irritar a nuestros mayores, en ponerlos en la posición del hombre encolerizado cuyas injurias son recibidas con aplausos por los mismos a quienes se dirigen. Esto se llama: excitar a los animales. Si se quedaran tranquilos, estaríamos bien burlados, y como somos generosos, les pediríamos que nos perdonaran, desde el momento que se vuelven familiares doblamos la dosis, siempre sonrientes, fríos, corteses. Pero cuánto tiempo perdido en estos juegos...

Y esta misma curiosidad, tan joven, tan brava, que nos tira siempre hacia objetos nuevos, nos torna impacientes también de la estadía en París, y tenemos la debilidad de ostentar esta impaciencia, en vez de esperar en calma, el instante de la partida. Llegamos hasta

renegar París, del cual somos hechos, a quien le debemos todo y hasta ese deseo de salir de él. (Nuestros camaradas llegados de Provincia, no deseaban salir de París, que para ellos era la Meca y la punta del mundo). Algunos viajes anteriores al final de nuestros estudios nos han documentado y llegamos a dar la impresión que nos apartamos del tipo francés y parisiense, hasta hacernos decir por los intérpretes en caza ante el Grand Hotel y en la puerta de lo de Cook: «Want a guide, sir?». En efecto, esperamos no tener ni el espíritu ni el aspecto parisiense. Oh, es entonces que el borracho debió de tratarnos de *métèques*: qué dicha! qué orgullo! qué honor!). Nos componemos un vocabulario no parisiense: sombrero de seda por sombrero de copa, «indeseable» diez años antes de la aparición de ese vocablo en la lengua corriente, y así sucesivamente... Y qué sapiente acento anglo-hispano-americano! (Hoy, después de haber hablado inglés o español durante años, no seríamos más capaces de reconstituir este acento). No somos de aquí, pero «parisienses de los palaces, de los wagons-lits» (en su bella novedad entonces) fingimos ignorar hasta las más conocidas palabras del argot y todas las cosas que se dicen «bien parisienses», como el teatro del Boulevard las consideramos del «folk-lore». Toda la literatura de la Rive Droite es folk-lore para nosotros. Y estamos prontos a sostener que las londinenses y las argentinas se visten mejor, menos «arcaicamente» que las parisienses. No perdemos la ocasión de ostentar una ignorancia bien a menudo simulada de la topografía de París, de los nombres de las notabilidades parisienses, y está de más decir que jamás leemos un diario francés. En los ensayos generales, y los sitios públicos donde nos muestran los representantes de la mejor sociedad parisiense tomamos la actitud «Europeos en la ciudad indígena». Verdaderamente el espíritu también tiene su edad ingrata y me parece ahora que los «indeseables» éramos nosotros.

Pero todo esto significa que queríamos lanzarnos en una vida más amplia, más complicada, más audaz, más coloreada que la que habían llevado la mayor parte de nuestros mayores, satisfechos de ser burgueses de París, más ambiciosos que curiosos, más deseosos de llegar que de gozar y de conocer; demasiado fácilmente comprometidos en profesiones y en rutinas con las cuales se identificaban bien pronto, no bastante aventureros o rebeldes o refractarios o insurrectos... Y esto significaba, prácticamente, que en nuestra vida noc-

turna el sobar diccionarios ocupaba al menos tanto lugar como el frecuentar los cabarets y los bares (ellos también en su novedad).

Por fin la partida! Es decir la curación de todas nuestras afecciones... Juan para Rumania, porque es bastante lejos de París y que los viajes de novios no van. Pedro por un año de cabra rabiosa en las provincias griegas. Pablo que acaba de heredar, para Londres. Marcelo, que se ha enamorado de la literatura rusa, va a instalarse á Moscou. Otro, y no el menos juicioso, sigue una mujer a España.

La mayor parte de los mayores nos desaprueban, no comprenden nada. «Se puede dejar París?» Algunos nos excusan con «los viajes forman la juventud». Viajeros nosotros? Jamás de la vida. Reuníos con nosotros dentro de seis meses y nos veréis convertidos en habitantes del país para el cual partimos, llevando la misma vida que las gentes que nos rodean, en suma: instalados, con relaciones y hábitos, y esto, quizá, sin haber utilizado vuestras cartas de recomendación para lo oficial, sin habernos reclamado de París, sin pretender al tratamiento de excepción hecho a los extranjeros. Y no estéis sorprendidos si a veces vuestras cartas os son devueltas con la mención «desconocido». Estamos en tren de rehacer nuestra vida bajo un nombre prestado.

Y cuando atravesamos París y lo volvemos a ver entre dos estaciones, llaman «destierro voluntario» lo que nos aparece como una encuesta rica en botín. Y uno de ellos, más empeñado que los otros en excusar su conducta, pronuncia la palabra de «encuesta»... Nuestra aventura, nuestro zambullón en una vida desconocida, la fiesta que hemos dado a nuestra curiosidad, a nuestros ojos, a nuestras pasiones, las tonteras que hemos hecho; los malos pasos de los cuales nos hemos salido; esta preciosa amistad adquirida, esta mujer que nos ha hecho sufrir, esta otra que hubiéramos podido, con quien nos hubiéramos podido casar; esos libros que nos han dado tanto placer; los mil recuerdos de la vida cotidiana, todos coloreados por la luz y el alma del país; y ese gran desgarramiento a la partida...! todo esto se ha vuelto una encuesta...

Encuestero tú mismo.

Esta vez hemos aquí de vuelta para una estadía más larga, hemos aquí en nuestro camarote a bordo de la Nave de Plata (dirán que hacemos una encuesta sobre nuestro barrio?) Nuestro camarote: dos ventanas sobre un patio sombrío, quizá, pero en casa, pero el hogar,

sin embargo, ya que esta puerta se abre sobre la ciudad de nuestra juventud y de nuestros recuerdos más numerosos, los mejor encadenados. París, tema fundamental de nuestra vida.

Algunos titubeos en los primeros despertares, algunos reflejos tales como «comé in» o «adelante» o quizá mismo «embros» cuando golpean a nuestra puerta, pero la corriente de nuestra existencia parisiense ya nos ha retomado. Esto se hace tan cómodamente que experimentamos una especie de irritación contra nosotros mismos; habré olvidado ya? Me habré dispersado completamente a fuerza de querer ser libre y desligado? Este botín de recuerdos, desde el momento que no los puedo compartir con nadie aquí, no es como si no lo poseyera? Pero cuando estaba allá, no podía tampoco compartir con mis amigos mis recuerdos de París. Es ésta una reflexión tranquilizadora, y bastaría volver allá, y volveré cuando yo quiera...

Pero qué pasa? he pensado en el trayecto, en esas numerosas horas de tren y de vapor y se me aparecen como un deber que cumplir, como un tributo que hay que pagar para volver a encontrar el medio al cual esos recuerdos pertenecen y que es el sólo donde esos recuerdos podrán modificarse, y la historia que ellos forman arribar a una conclusión. Mi vida aquí interrumpida, está aquí, y allá: cuál volver a tomar, a cuál dar seguimiento? Y en todo caso al precio de un trayecto monótono, de un fastidioso y penoso transporte. Y sin embargo, otrora el mismo trayecto me parecía una aventura interesante, un tiempo digno de ser vivido con atención y en sus menores detalles...

El abrazo se relaja, y el tiempo de la indiferencia se acerca. Como el hombre que envejece, por laxitud se casa con la menos exigente de sus queridas, acabaremos nosotros por no dejar París; ni siquiera por un viaje de conferencista, de periodista o de francés oficial recomendado a los agentes consulares y a las notabilidades del país, ni siquiera para una encuesta (demasiado prudente, todo esto, demasiado diferente de nuestra libre vida cosmopolita en que todo era posible e imprevisto, nuestra vida sin protección ni honores oficiales y distribuída entre varios escalones sociales, y no siempre tan fácil (lección de francés, y joyas en el Monte-pío) pero sin anteojeras y en la vida misma de los países). Nos quedaremos, no porque nuestra vida parisiense nos parezca más interesante y más importante que las otras, pero simplemente porque es ella la más antigua, la más cómoda, la más fiel... Y poco a poco veremos los recuerdos de nuestras otras existencias alejarse de nosotros, y borrarse en ese alejamiento... Concluiremos por olvidar hasta las palabras por las cuales esas existencias

tenían costumbre de expresarse; y podemos imaginar, en la distancia de los años, una entrevista inesperada con una antigua bien-amada, cada uno habiendo olvidado la lengua materna del otro: la lamentable entrevista de dos amantes muy viejos que se han vuelto sordos...

Así la grave melancolía del retorno, y la meditación cerca de la ventana sobre el patio sombrío. Tristeza de haber vuelto al punto de partida, sentimiento vivo y preciso de la brevedad de la vida y del rápido desgaste de la curiosidad, de la energía y del poder de ser divertido. Filas, filas de trenes y de vapores burgueses de París hasta la muerte. Resignados. Retirados de ese gran pasatiempo atareado. Jubilados. «Tendrán hasta miedo de lugares elevados, y temblarán en camino». Y otro texto nos viene a la memoria: ese proverbio inventado por el pueblo; justamente el que más voluntario se expandía, el español: «Fuera de su campo, el toro recibe cornadas hasta de la vaca». Tendrán miedo hasta del suburbio y se quedarán en París.

Y luego, uno sale del camarote, vuelve a encontrar su calle, su barrio, se topa con un amigo, y la vida retoma todo su interés, y sentimos que no estamos resignados, pero que en cualquier momento podremos volver a partir y hasta para una ciudad que aún no conocemos. Y entre tanto, vamos a darnos de nuevo enteros a la corriente de nuestra vida parisiense, retomar nuestros hábitos de París, como si volviéramos de Enghien o de Bourg-la-Reine y como si no tuviéramos en absoluto la idea de volver a irnos dentro de tres meses.

Pero si la vuelta tiene lugar al principio del verano, cuando los árboles tienen hojas—el tierno verde en guirnalda a lo lejos y por doquiera sobre el gris tierno—la travesía de la estación a casa, habrá bastado para reconciliarnos con nuestro destino, y no tendremos ya tanta prisa por ver un amigo. Nuestro amigo será París reencontrado. Hasta tendremos el coraje de no anunciar a nadie nuestra vuelta, y evitando los sitios públicos, donde podríamos ser reconocidos, nos pagariamos una semana de soledad en París; es decir en suma, un viaje de una semana en París, puesto que para la mayoría de nosotros el nombre de nuestra ciudad significa el conjunto de nuestras preocupaciones, de nuestros trabajos, de nuestras relaciones sociales, y de nuestra vida misma, más bien que nuestra ciudad considerada como exterior a nosotros y ya que esta familiaridad y esa mezcla de nosotros y nuestra ciudad nos ha tornado más o menos inconcientes del detalle de su paisaje—a tal punto que nos será muy

difícil el hacer una descripción satisfactoria de la plaza de la Concordia, por ejemplo o del Boulevard Rochechouard. Y bien, esta semana de soledad en coloquio con París, a la vuelta de una larga ausencia, he aquí la ocasión de entrar en conocimiento de las regiones de París que conocemos mal, que sólo han figurado fugitivamente o nada en nuestra existencia. Mejor aún: nos trazaremos el programa de un viaje dentro de París. Consideraremos cada sección como un Estado independiente, o como una federación de barrio. Iremos a alojarnos al hotel, y visitaremos minuciosa y metódicamente «el país». Hace muchos años nos hemos divertido,—y nuestro compañero de juegos lo ha narrado⁽¹⁾—en hacer, en el mes de Agosto, una temporada de veintidós días en los Campos Elíseos considerados como estación termal; hacerse conducir, en coche de alquiler, temprano, y quedarse hasta media noche sin salir de límites definidos; un cuarto de Evian a las ocho de la mañana, desayuno a las nueve, paseo, lectura y por la tarde, todas las distracciones y todos los recursos que puede ofrecer ese rincón de París. No hemos pasado una temporada completa, pero durante los varios días en que hemos hecho seriamente (si así me atrevo a decir) nuestra cura, hemos aprendido a conocer a fondo los Campos Elíseos de esa época. Por qué no aplicaríamos nosotros el mismo método de investigación a otras regiones de París? Solo o con un amigo solamente. Cura de aire en los flancos de la Montaña de Santa Genoveva; exploración de la llanura Monceau; viaje en el señorío de Auteuil; gran vuelta del parque Montsouris en una semana distribuida entre la parte de Saboya, la región tunesiana, y el rincón de Petite-Russie (con una estación del ferrocarril de Sceaux, muy Gobernación de Toula) que ese admirable parque contiene; ir a comprender la Alemania romántica cerca de las falsas minas del Parque Monceau, etc.... De esas excursiones si fueran hechas con cuidado y sinceridad se traerían pequeños libros intitulados: Una luna de miel en la Suiza Italiana de las Buttes-Charmont,—Mis Escalas (canal Saint Martin, Bassin de la Villette, canal de l'Ourg);—«Le bassin du Luxembourg» (ensayo de limnología y etnografía infantil); Los dos Robinsones de la Isla de los Cisnes⁽²⁾—Notas y Recuerdos de un viaje a Popincourt,

(1) *Raymond Meunier en la Liberté, Agosto 1923.*

(2) *La isla (o Avenida) de los Cisnes forma parte del territorio de la sección XV. En mi calidad de viejo habitante de la XVI tengo interés de protestar por este estado de cosas. La isla de los Cisnes tiene que ser devuelta a Passy, esto es demasiado evidente.*

etc., etc. Entre las manos de un escritor de talento, uno de los temas podría dar un libro de la misma cepa que el «Viaje alrededor de un cuarto». Y esto concluiría por llamar la atención de nuestros educadores, y se vería establecer cátedras de Parisianismo al uso de extranjeros, provincianos, y hasta habitantes de París que creen conocer su ciudad. He aquí cuáles serían las preguntas que se harían en un Examen por la obtención del Certificado Elemental de Parisianismo:

PARTE ESCRITA —

I. Levantad la lista de calles y pasajes de París que aún están alumbrados con aceite. Indicad las secciones en que se encuentran. Describid dos a vuestra elección.

II. ¿Cuáles son las casas, castillos, granjas y hosterías del siglo XVIII que actualmente subsisten en el territorio de la sección XX?

III. Enumerad y describid los callejones que se encuentran en l'Île Saint-Louis.

PARTE ORAL —

1. ¿En qué iglesia están las lápidas de Descartes, Racine y Mille, de Scudéry?

2. Trazad en el pizarrón indicando y nombrando las puertas, la figura de la muralla de los Fermiers Généraux desde la orilla derecha del Sena al Oeste hasta el boulevard de Belleville.

3. ¿En qué sección está la calle de la Py? ¿Hay una calle en París cuyo nombre principal es más corto?

4. ¿Dónde se ve el busto de Goldoni?

5. ¿Cuál es, fuera de la embajada de Inglaterra, la casa de París jurídicamente situada en territorio británico? ¿Qué calle, qué número, qué particularidades?

6. ¿El itinerario más corto al Rat Mort, al Museo Carnavalet? Si Vd. encuentra el Carnavalet cerrado y desea visitarlo, esperando la apertura, una bella higuera, dónde váis?

Para decir verdad, el certificado elemental de Parisianismo no serviría para mucho, materialmente. Y al fin y al cabo, se podría ser aplazado en este examen y no ser menos parisiense, y hasta gran parisiense, uno de esos parisienses — la mayoría nacidos en Provincia — cuyos nombres son conocidos en Nueva York, Varsovia o Tokio. Pero la existencia de esos cursos y de esos exámenes nos tornarían más

sensible la realidad física de nuestra ciudad y nos la haría amar más, más concientemente, con mayor atención. Un conocimiento un poco profundizado de su historia permitiría a los que no pueden o no quieren salir de ella, verla con ese retroceso que da una visión más neta y más verdadera a los que han visto y se han familiarizado con otras capitales, aquellos que pueden compararla con otras capitales y así distinguir su personalidad, comprender que ella no es única, excepcional y como extranjera en Francia (muchos extranjeros deben verla así), pero que es una ciudad del Centro y del Norte de Francia, que ha sabido asimilarse la gran tradición urbana de Italia. Una ciudad que es la obra del genio de la Isla de Francia aliada al genio de las más viejas tierras romanas. Todo lo que está en ella es serio, modesto, ingenuo y gracioso y puramente francés y la obra de la Isla de Francia, todo lo que tiene de grandioso y de real es franco-italiano y la obra de nuestras reinas italianas, en colaboración con nuestros reyes franceses, de nuestros emperadores de origen italiano y de educación francesa. Ella es la finalidad y la figura suprema de la civilización galo-romana, una ciudad imperial que resume amplificándolas Roma, Ravena, Milán y Lyon, una ciudad cuyos paisajes y perspectivas se inscriben naturalmente en el círculo de bronce de las medallas; una ciudad que no sólo es la primer ciudad de Francia, pero la capital del Imperio de Occidente.

«París de Francia» dice la gente de pueblo en España. La criada lo dice, y uno sonrío de su ignorancia; y es una palabra que siempre tiene éxito en las comedias andaluzas de los hermanos Quintero. Por que en efecto ese nombre de «París de Francia» cuando la persona que lo dice no puede saber que existen otros París en los Estados Unidos y no puede, con más razón, haber oído decir que los conquistadores encontraron en América Central, cuando por vez primera primera penetraron, una villa indígena que se llamaba París? Se le corrige, se le dice que París es bastante conocido para que sea inútil indicar dónde se encuentra, pero en la próxima ocasión dirá «París de Francia»; y uno concluirá por decir como ella, porque es chusco y pintoresco, y porque es gentil: París de Francia... y en las Américas españolas también..., con el más dulce y cantante acento criollo las niñas dicen el nombre de su capital europea: París de Francia... Y para el que examina más atentamente este enigma, y para el que sabe que también hay gente de pueblo en España y en otra parte,

en quienes se encuentra la idea confusa de una diferencia radical, de una separación entre Francia y la ciudad de París, ese «París de Francia» toma el sentido de un desmentido, de una protesta, de una restitución de la capital del Occidente en el país que ha sabido edificarla.

Y ahora el tiempo de crisis y malestar del que nos habíamos evadido en imaginación ha pasado. No nos discuten más la carta de ciudadanía. X ya no reniega Cahors. Nosotros dejamos a nuestra lavandera y nuestra criada pelearse sobre el punto de saber cuál de las dos es la más parisiense. La noción de Parisianismo se ensancha. Se es parisiense en la medida en que se contribuye a la actividad material al poder espiritual de París. De nuevo trataremos de acercarnos, tanto como hombres de carne lo pueden, del parisiense ideal que soñábamos ser cuando teníamos veinte años: el parisiense ateniense, el parisiense europeo, y al mismo tiempo parisiense de París de Francia. Es de este doble deseo que nos viene esta coquetería, que nos hace insistir sobre nuestros orígenes provincianos, por lejanos que sean, y hablar con orgullo de Cahors, si allí nacimos. Esto no nos impide de acoger fraternalmente los parisienses nacidos fuera de Francia, es decir los extranjeros, que han podido o pueden contribuir a la actividad material de París, y a su poder espiritual, como Walt Whitman, a quien la Convención hubiera discernido el título de ciudadano francés. Whitman, verdadero parisiense sin haber venido jamás a París. Pero nosotros que somos nacidos en el límite del dominio de la lengua francesa, tenemos una satisfacción de amor propio, sin segunda intención — el amor propio de miembros de un buen equipo, — en decirnos parisienses de Francia y franceses de París...

Ensanché del corazón. Tiempos propicios y de reapertura de las puertas santas. ¿Reapertura? Se las abate y se nivelan los bastiones y quizá veremos el trazado de las murallas de Thiers indicado por placas, como hoy el de las murallas de Felipe Augusto. Y entonces la vieja chirigota popular soportará una asombrosa modificación: «Mairie, ces deux-là? Peusez-vous. A la Mairerie du Trente et Unième!»

Y ahora pasó la crisis, — la crisis individual de donde salieron estas páginas, este coso sobre París. A los primeros gritos de los gorriones en los árboles del Jardín Fleuri conozco el alba cercana, el alba de la quinceava noche desde que empecé de nuevo la copia definitiva

de esto. Una crisis literaria en un camarote lleno de la luz de gas de la ciudad de París. Dentro de un rato saldré en el alba y en el París extratemporal del alba. (Es la hora en que, en invierno, los bares de obreros, quedados en vela toda la noche, se encienden de pronto como las candilejas del calentador cuando se da vuelta la canilla del agua caliente). Atravesaré el alba vacía y grande, renovada y prolongada a cada boca-calle y donde se arriesga y reaprende a resbalar, agarrado al cable en el cual se lanza el «jus» nuevo, el primer tramway. Más tarde, a través de la metrópoli galo-romana entrada en el tiempo y bajo la fecha de este día de Mayo de 1925, de nuevo empezaron sus viajes los descendientes modernos, verde y blanco-crema, de las diligencias románticas, de grandes caballos peludos y humeantes, que pasearon nuestra infancia y nuestra adolescencia en las calles de un París diferente de este: el París de Sadi-Carnot y de Félix Faure. Pero los Quais no han cambiado, y por un momento aún estarán vacíos y podremos acodarnos sobre el parapeto de un puente de donde veremos, desprovistos de figurantes humanos y de su vida mecánica, la perspectiva del Sena y de la Cité. Y ensancharse el alba sobre el río desierto en medio de la Asamblea de Palacios, de Castillos, de Templos y de Torres, entre los cuales, para escoltarlos y medio velarlos, un vasto bosque fué distribuído en largos alineamientos...

París de Francia, Parigi... cuando allá pronunciaba su nombre, era en esos malecones, en esos puentes, en los tejados azules del Louvre por sobre las cimas de los árboles, en esta avenida de luz y de agua calma, en esta punta baja de la Cité, que pensaba casi siempre, Parigi mío!

Pero este gran silencio del alba... Oh, preveo que será una confrontación llena de gravedad con el paisaje de nuestros más antiguos estrenos de verano, y la interrogación terrible e inevitable: ¿qué hiciste del tiempo que te fué dado? Coraje. No estás solo para afrontar esta pregunta: todos los que «llevas en tu corazón»: los amigos que aquí estaban anoche, los ausentes, los muertos cuyo recuerdo está tan vivo en ti, los conciudadanos extranjeros cuyo regreso está anunciado y que serían tan dichosos de ver esta mañana de París — estarán aquí acodados cerca tuyo, y lo mirarán con tus ojos, cerca de ti y como tú bajo la protección de nuestros Santos y de nuestras Santas, y en el centro de las riquezas inventadas y acumuladas por ti, y para John y para Aldo y para Miguel y para todo el mundo, por nuestros grandes hombres y para nuestros reyes...

Sin embargo sería intolerable si esta confrontación se prolon-

gara; nosotros, todos llenos de un rumor de palabras ociosas en presencia de París —mudo y lleno de gloria— como en presencia de nuestro ángel de la guarda y del alma que era tan bella y que tan mal hemos querido... Pero la vida mecánica de París y el movimiento de la muchedumbre apenas menos mecánica nos apartarán de esta contemplación y nos recordarán el movimiento y las muchedumbres de las otras ciudades donde hemos vivido, y otras mañanas de estío en otras ciudades. En esas otras ciudades esa misma pregunta menos insistente pero también temible, nos sería hecha por la asamblea de nuestros recuerdos en la claridad del alba. A ellas también pertenecemos un poco, y para nosotros por lo menos están situadas en el mismo país y no forman con París sino una sola ciudad de la cual París es el centro. Y esto no teóricamente, pero realmente en nosotros; y es a esto, a este descanso de escalera, que nos ha conducido el deseo irrealizable e ideal imposible de nuestros veinte años: Oh extranjero ateniense... Un París aumentado por diez otras grandes ciudades donde hemos buscado, como aquí la dicha, y la amistad y el amor, y la soledad y a nosotros mismos. Por lo menos habrá habido esto, —este comienzo de respuesta a la pregunta: ¿qué has hecho del tiempo que te fué dado? —esto, esta ciudad de nuestros recuerdos y su centro al que volvemos siempre, y esta bondad fiel; París, —durante la pequeña fracción de tiempo que nos rapta de nuestra infancia y nos arrastra de nuestra casa de París a la casa de nuestra eternidad.

VALERIO LARBAUD

(Trad. Adelina del Carril)





EDUARDO DIESTE
SALGUERO DELA-HANTY

CONTANDO ESTRELLAS

Para Adelina del Carril.

Desganado de bueno
Voy contando estrellas
En las noches serenas
Esas prendas ganadas
En promesas de amor
Las que pueblan esquinas
Por las calles de luna
Las estrellas que fueron
Mi primer mirador
Desganado de bueno
Con el alma en el cielo
Soy un viejo sereno
Por las calles de Dios.

CREPUSCULO

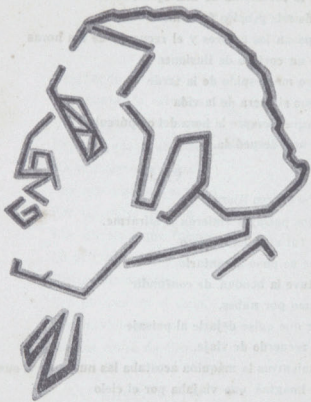
Viene hacia mi alma la hora del crepúsculo
En una multitud de soledades
Y presiento la embriaguez de todas las tristezas
Que sienten las ciudades.

Se funden mis pupilas
En el cielo diáfano y oscuro
Y llegan los amores perdidos
En la ceremonia de mis ojos caídos
Y de mis propios funerales.
Y pasan los amores y el recuerdo de las horas
En un cortejo de ilusiones
Y yo me despido de la tarde
Como si fuera de la vida
Porque siempre la hora del crepúsculo
Es una despedida.

VIAJE

Salió el tren ligero
Y los paisajes vinieron a mirarme.
Yo fui el único viajero
Que se puso a cantarle.
Y tuve la bondad de confundir
Humo por nubes,
Por que quise dejarle al paisaje
Mi recuerdo de viaje.
Y mientras la máquina acostaba las nubes en el suelo
Yo imaginé que viajaba por el cielo
Tanto así
Que me dormí
Como un pájaro en su vuelo.

S O L E R D A R Á S



A U T O R E T R A T O
S A L G U E R O D E L A - H A N T Y

DEPORTISMO Y ENERGÉTICA

LAS IDEAS DE MONTHERLANT

"L'acte fondamental d'une vie est de décider ce qui ne l'est pas, et l'indifférence, l'indifférence active pour ce qui ne l'est pas est un devoir aussi strict que l'attention pour ce qui l'est".

H. de Montherlant: *"Les onze devant la porte dorée."*

1.

Atravesamos un genuino momento deportivo, saturado de incitaciones energéticas. Su influencia no sólo se revela en la pulsación de la fiebre gimnica que emanan los estadios: también contagia sus latidos a otros sectores de la vida y a las altiplanicies del espíritu. Multitud de conceptos nuevos, que constituyen el coeficiente ideológico del día, aparecen tras-pasados por el espíritu energético, por el impetu jovial y aligero del sport. Al áspero concepto del trabajo como deber, como severa finalidad vital va sustituyéndole la noción del trabajo como deporte, hijo del placer más que del esfuerzo. En consecuencia, ciertas modalidades del espíritu contemporáneo adoptan un sesgo deportivo en la más pura acepción del vocablo sport. Pues el "sport", a nuestro juicio, no es solamente ejercicio físico, destreza o agilidad; es también—traduzcamos todos los significados del vocablo inglés, amplíemos su zona de alusiones—"sportfulness" juego, diversiones, jovialidad en sus múltiples ramificaciones. Y entendido así, ¿acaso no tienen mucho de deportivo algunas genuinas manifestaciones del arte nuevo? ¿Acaso los "ismos" más significativos no han hecho suyo, no han erigido en lema un aforismo de Max Jacob, semejante a otro de Sofocli, que reza: "El arte es una distribución"? La pureza, la gratuidad, la intranscendentalidad del arte que paralelamente se afirman en las estéticas de vanguardia poseen por ende un auténtico carácter deportivo. Y ya en otro lugar hemos evidenciado como un pensador tan agudo, tan sensible a las "palpitaciones del tiempo" cual Ortega y Gasset con su afirmación de que la "ciencia, arte, moral, inclusive no son cosas serias, graves, sacerdotales; se trata meramente de un juego", venia a coincidir y a dar médula filosófica a aquella intuitiva afirmación dadaísta que Tzara formulara en su primer manifiesto: "L'art n'est pas sérieux; je vous l'assure..."

El naso por Madrid, durante la reciente temporada invernal—con rumbo a los tentaderos andaluces—de Henry de Montherlant nos ha hecho urdir ese incipiente tejido de reflexiones, invitándonos a releer sus libros, y en especial su par de "Olympiques", fieles espejos de la actual tensión deportiva, inductores de una viril corriente energética—y por ende occidentalista, rudamente hostil a la corriente oriental que en Francia y en el Norte de Europa se dibuja, a la zaga de Tagore, Gandhi y Keyserling, acentuada por los libros de Guenon y Grousset y, últimamente, por la encuesta sobre "Les appels de l'Orient" llevada a cabo por los "Cahiers du mois" parisienses.

Mas antes de examinar y parafrasear las ideas de Montherlant, para "situar" literariamente su figura, arrojemos una mirada rápida sobre los orígenes y desarrollo de su obra. ¡Triunfo netamente deportivo el alcanzado por el autor de *Le Songe*! El último en salir—una vez calmado el estridor inicial de las vanguardias—ha sido el primero en romper la cinta azul de la meta. Montherlant—en este caso la expresión es apropiada y pierde todo maligno aire metafórico—ha "batido el record" de la velocidad literaria, dejando atrás, por un momento, a los dados y surrealistas. ¡Loemos la vista agulleña y la agilidad zanquillarga de este pájil intrépido!

Un primer libro de ensayos e introspecciones psicológicas, reflejo de los años escolares, titulado "*Le relève du matin*" (1920) le basta para "despegarse" de las filas. Después "*Le Songe*" (1922), novela densa y fornida, de exaltación bélica d'annunziana, llena de nacionalista arias barrochianas y henchida de cierto lirismo cósmico a lo Claudel, reafirma su personalidad y le vale ser nombrado—con la relatividad de estos títulos y empero voces disidentes—portavoz de su generación, de la generación que hizo la guerra. Y, finalmente, sus dos "*Olympiques*": "*Le paradis à l'ombre des épées*" y "*Les onze devant la porte dorée*", en 1924 ambas y esta última en junio del pasado año, coincidiendo—¡oh puntualidad siempre deportiva de Montherlant!—con los juegos olímpicos celebrados en París por aquella fecha.

Describiremos sumariamente las razones que motivan esta rápida entronización del cantor del músculo y el interés plural que ha suscitado su obra—hasta el punto de haber eclipsado, en parte, las fulguraciones postdadas recabando para sí las miradas criticistas.

El tipo psicológico encarnado por Montherlant responde bastante exactamente al modelo mental prevista de juventud que habría de surgir después de la guerra. De ahí que por haber sintetizado en sí el conjunto de cualidades que los augures presagiaban como características fisonómicas del "hombre,—del intelectual más bien—nacido de la guerra", de las tendencias literarias y los designios morales que en él concurrirían, su obra haya ganado esa atención vibrante, exaltada, a veces, hasta el hervor polémico.

Henry de Montherlant—ya lo hemos insinuado—"se hizo" espiritual y corporalmente en la guerra. Pasa a las trincheras directamente desde el colegio. No tuvo puentes intermedios ni conocimiento libre de la vida civil. Por ello—más que por razones de abolenjo, religiosidad católica y tradición nacionalista—se entrega a la pugna bélica con una pasión virgen

y un frenesí sincero: Un ardor no enturbiado—o esclarecido—como en la mayoría de los jóvenes por una educación más libre, un sentimiento menos tradicionalista y un gesto de escepticismo patriótico. Como para Drieu la Rochelle la guerra, a sus ojos, no ha sido un error. Lo mismo que el autor de "Interrogation" ve en ella una "restauración del cuerpo", un erguimiento de las potencias vitales y poco menos que una escuela de energía. La serie de sus predilecciones, de sus "llamamientos" sucesivos ha sido catalogada así por el mismo Montherlant, en una de las primeras páginas de "Le paradis a l'ombre des épées": 1.º, la sinfonia católica formada por un colegio religioso, los autores de Roma antigua, España, y, esencialmente el espíritu taurino; 2.º, la guerra; 3.º, el sport".

Justificando sus dilecciones bélicas, que no difieren mucho de las manifestadas por Drieu, ha escrito Montherlant: "La violencia ordenada y calma, el valor, la simplicidad, lo saludable, un no sé qué de rudo y virginal: eso es lo que yo he gustado en la guerra". Y por ello, al finar, ésta, para gastar la "energía sobrante" se lanzó cbrío de imptu accional en los campos del sport, buscando en su agitación "una actividad intermedia entre el gran lirismo físico de la guerra y el burocratismo de la paz".

4.

Drieu la Rochelle cuya obra se relaciona precursoramente, en algunos puntos, con la de Montherlant, en su conato de novela "Etat civil" y en su panfleto político "Mesure de la France", entendía por sport "la voluntad, el aire libre y la anarquía disciplinada". "El sport—agregaba—es el establecimiento de la Paz y de la Justicia porque revela y fortifica justas relaciones entre el Cuerpo y el Espíritu". Parejamente uno de los primeros postulados morales del autor del "Paraiso a la sombra de las espadas" se formula así: "El cuerpo restablecido en su personalidad y dignidad; y diferenciado naturalmente de la carne". Y lo que constituye su moral deportiva, entre otros puntos, es: "un ideal de potencia en función de un ideal de cualidad; lo que es sobre lo que parece; lo fuerte sobre lo débil, la razón sobre el sentimiento".

¿Acaso no creeríamos oír en estas palabras más que las declaraciones de un joven moralista, un eco—voluntario o no, mas fiel—de la moral nietzscheana? ¿Es que Nietzsche no exaltó ya magistralmente en su "Anticristo" esa intención energética, esa "voluntad de poderío" que implica un desprecio absoluto de la compasión, la virtud más exaltada por el cristianismo? Para Nietzsche la distinción se hallaba establecida netamente: lo bueno era todo aquello que exaltaba en el hombre "el sentimiento de potencia, la voluntad de potencia, la potencia misma"; mientras que todo lo malo—agregaba—tiene sus raíces en la debilidad. Mas ¿cómo pueden llegar a esta coincidencia un pensador laico de tipo tan libre y egregio cual Nietzsche y un escritor que se afirma católico? Pues, Montherlant—tengámoslo en cuenta—es católico. Y aun apostólico y romano—según la triple fórmula ortodoxa. El, por lo menos, se jacta de repetirlo en numerosas ocasiones y de hacernos ver que su catolicismo, lejos de confinarse en las estancias habituales de la humildad, la sumisión y el rezo, propende a otros horizontes y adopta un gesto soberbio, casi bélico e implacable, desafiador de la vida. De ahí que su catolicismo nos parezca hallarse situado más cerca de Nietzsche que de los Evangelios, oreado por las brisas del Rhin antes que por las aguas del Jordán. ¿Hipérbole? No. Montherlant mismo

—según parece ser—ha sintetizado su ambición expresando que desearía ser “un Nietzsche católico”.

Reafirmando su criterio convencionalmente neocatólico, Montherlant nos dice que “la pusilanimidad es generadora del desorden” y a la noción del pecado substituye la falta de valor. Ved, pues, como nuevamente este sedicente católico viene a refluir con el río nietzscheano. No es que busquemos querrela al concepto elástico de su catolicismo, sino que hacemos visible la discordia de su energética admirable con su religiosidad estrecha. ¿Cómo logrará Montherlant conciliar ambos extremos, ya que el culto del cuerpo que preconiza es de tradición pagana y helénica, mientras que el cristianismo romano, con su exaltación del espíritu por encima de la materia, del cuerpo, llegó casi a la aniquilación de éste, fomentando además, por su inclinación a la piedad, las larvas del sentimentalismo compasivo, casi del pesimismo...?

Recorriendo la serie de sus contradicciones entre su fe y sus impulsos, observamos en Montherlant como no hay en él la menor concesión—aunque fuese de orden lírico—al sentimentalismo, a la piedad. Abomina ambas transgresiones del espíritu íntegro. Relega a segundo plano las blanduras y sentimentalismos, como se deduce de sus por lo demás admirables narraciones “Mademoiselle de Plémur” e “Histoire de la Petite 19”. Sus héroes, Alban el de “Le songe” o Peyrony el sujeto experimental de las “Olympiques”, no conceden al amor más que los residuos de sí mismos. Todas estas características energéticas, que se acuerdan perfectamente con un ideal deportivo, no encajan en modo alguno dentro de los postulados cristianos. Todo el robusto lirismo de Montherlant, toda su habilidad dialéctica y su firme prosa—más influida por D’Annunzio y Nietzsche que por Barrés y Maurras—no bastan a ocultar esa fundamental discordancia ideológica.

5.

Quizá pretendiendo conciliar los dualismos y contradicciones de sus teorías, Montherlant ha venido a condensar—algo arbitrariamente—en el Tiber y en el Oronte “las dos filosofías que se disputan el mundo”. A la que ha nacido en el Oriente y que tiende a desdeñar el cuerpo le llama “femenina”, adjuntándole los conceptos de alejandrino, mesianismo, cristianismo y bizantinismo. La otra, simbolizada en el signo fluvial del romano Tiber está, según él, “fundada sobre la naturaleza y la razón: espíritu y cuerpo; y ha logrado su más completa expresión en la Roma antigua, inspirando el catolicismo romano, el Renacimiento, los conceptos de autoridad y de tradición, el clasicismo”, etc. Montherlant, pues, inclinándose a este segundo orden, entra llenamente en esa nueva categoría de romanos adoptivos, “hombres de toga y no de pelliza, y a mucha honra”, como diría Eugenio d’Ors. Su catolicismo podrá ser el del Tiber, esto es, aquel que defiende el orden, las reglas estrictas, la coordinación, el “imperium”, frente a los conceptos derivados del Oronte, como son las ideas de libertad y progreso, el romanticismo y el humanitarismo—y a las que adjudica falsamente un carácter orientalista, ya que son hijos de la civilización de Occidente.—mas no por eso su catolicismo—repetimos—nos parecerá menos extraño y discutible.

Si su decantada voluntad de potencia, si su moral energética se acuerda perfectamente con la moral del sport, nada más lejos que el cristianis-

mo del puro concepto del sport y de la consecuente exaltación del cuerpo. Pues—ya lo señalaba Nietzsche lúcidamente—: el cristianismo “es el desprecio del cuerpo y aun el rechazo de la higiene a título de sensual”. Y, por otra parte, nada más lejos asimismo del optimismo vital, de la fuerza deportiva, del culto del yo que el espíritu primitivamente cristiano: aquel espíritu cuyas nociones primigenias se basan en la inquietud, la angustia, los estados de espíritus mórbidos, el misticismo y la renuncia a la personalidad, en un máximo gesto de inmolación deísta, de abdicación ante el Todopoderoso. En suma, vemos pues—sin llevar más lejos la cuestión, dada nuestra indigencia teológica—que así como las teorías de Montherlant en su pura significación deportiva son admirables y estimulantes, analizadas desde el punto religioso, con arreglo al dogma católico, ofrecen mil puntos vulnerables y están expuestas a sucumbir ante un fuerte empuje polémico-escolástico.

6.

Figura dualista, atractiva y desconcertante la de Montherlant—resumiríamos después de este rápido desfile ante sus teorías. Hay algo en él que nos atrae con simpatía coetánea: su fervor sincero, sus prédicas optimistas, su glorificación del músculo. Y hay también algo que, por el contrario, si no nos repele nos incita, al menos, a la sonrisa escéptica y casi a la carcajada burlesca: aludimos a su orgullo desencabritado, lindante con la vanidad pueril, a su espíritu bélico—mal residuo de la guerra—y especialmente a su ingenua y entusiasta taurofilia. Pues Montherlant adora esta descolorida fiesta española y ve en ella un paralelo del sport, una suprema aplicación de la energía. ¡Candorosos espejismos de la distancia! Desde la lejanía, como tantos otros extranjeros,—los precedentes son innumerables—Montherlant sólo acierta a vislumbrar lo que hay de bello, coruscante y espectacular en el arte de la tauromaquia: el sol desbocado, los caireles fulgurantes, la multitud sacudida por trombas epilépticas y los desplantes del lidiador temerario. Mas él—¡como tantos otros!—no advina la debilidad interior que se agazapa tras ese aparente derroche vital; no ve cuán enorme caudal de energías perdidas desemboca todas las tardes en las plazas de toros. Y, sobre todo, ignora la desagradable secuela, la infamante estela de la pandemia taurómaca: el flamenquismo: o sea el alcohol de la jactanciosidad necia, la estocada al aire. De ahí que—sin necesidad de reeditar las prédicas de Eugenio Noel contra la pandemia taurómaca—no podamos evitar una sonrisa burlesca al comprobar con qué gesto “épatant” este púgil del verbo—el único pugilismo admirable, en fin de cuentas—brinda su entusiasmo a los toros, y aún visita España atraído principalmente por la leyenda flamenca meridional.

Mas no exageremos nuestro gesto hostil: la taurofilia de Montherlant, a fuerza de incauta y convencional, nos parece inofensiva y perdonable. Su taurinismo está exento de flamenquería. Ya que lo que este escritor gusta de esta fiesta debe ser—si no nos equivocamos al recordar una conversación con él mantenida—la lección energética que brinda, el gesto despectivo del lidiador ante la muerte, la vibración unánime de los cosos taurinos, semejante a la tensión expectante de los estadios y al alma colectiva de las catedrales. Montherlant—seguimos intuyendo más que transcribiendo—ve los toreros como profesores de energía (!) y concibe el ruedo como una plural escuela deportiva. De ahí que en alguna ocasión al describir una

pista y unos jugadores de "foot-ball" traslade al sport la terminología taurina.—"el terreno de la verdad", dice uno de sus "Onze"—nivelando ambas luchas al mismo nivel olímpico.

7.

El peligro que pudiera existir en su apología inmoderada del sport, esto es, el llegar a hacer de él un fin cuando solamente debe ser un medio, ha sido rehuido a última hora acertada y lúcida. "El cuerpo—dice Montherlant—debe funcionar del mismo modo que el espíritu, el alma, el corazón, la carne, a fin de que uno pueda realizarse totalmente". Así cuando Peyrony—el futbolista juvenil, héroe del diálogo olímpico "Les onze devant la porte dorée"—está en peligro de caer completamente del lado del sport, desdenando los imperativos de la vida y de la cultura espiritual, su interlocutor, el "medio centro" del equipo—en quien podemos reconocer un "sosías" de Montherlant—le apostrofa de esta suerte: "Yo he querido introducir en ti el amor del cuerpo a fin de que balanceses con él la vida del espíritu, lo que hubiera sido hermoso. Hubo un tiempo en que realizaste esa armonía; y en ese tiempo yo te dije: Ahora sabremos nosotros lo que es la edad de oro. Pero después se ha deshecho la armonía. El cuerpo ha basculado de un lado arrastrando todo el resto. O bien, es como si hubieses trepado de una sola vez la cuesta hasta la cima deseada, pero el impulso inicial te arrastra y te deslizas por la ladera contraria". La imagen es exacta y verídica como un espejo: véase en él ejemplarmente toda esa nueva generación deportiva que en todas partes está amaneciendo, y que si bien obró impulsada, en un principio, por lo que vagamente se designó con el apelativo de "cultura física", ahora se halla completamente abismada en el sport rutinario y frívolo, sin darse cuenta de su valor complementario, habiendo relegado a un plano secundario la vida del espíritu que será preminente siempre.

"Eres inteligente—segua diciendo el "medio centro" socrático, adoc-trinador del adolescente Peyrony—pero voluntariamente cerrado a todo lo espiritual, lo intelectual y sentimental de la vida". Luego el atletismo físico por sí solo, la energética en bruto—y ésta es la lección más jugosa que podemos extraer de las precedentes teorías—en modo alguno podrá ser nunca una norma suficiente de vida si no se acompaña del necesario fermento espiritual.

"Lo material no es más vida ni menos vida que lo espiritual", aventuraba Ortega y Gasset en "El tema de nuestro tiempo", al afirmar los valores vitales. Pero así como "la cultura no puede ser exclusivamente regida por leyes objetivas y transvitales", tampoco creemos que la vida pueda ser gobernada por normas únicamente terrenas que den un predominio avasallador al cuerpo sobre los fueros del espíritu insubordinable. Deportismo sí, pero deportismo del espíritu al mismo tiempo que deportismo del cuerpo: he ahí la meta conjunta hacia donde deben apuntar sus afanes las nuevas generaciones. ¡Que ambos imperativos, el vital y el espiritual, se entrelacen rítmicos en el alma de los jóvenes, risueñamente energéticos dotados de un puro y jovial sentido deportivo de la vida y capaces, por tanto, de realizar las más graves faenas con un aire de juego, nivelando así su robustez atlética con su potencia mental!

Guillermo DE TORRE.

(Madrid, 1925).

“La trompeta de las voces alegres”

D E F U S C O S A N S O N E

Nicolás Fusco Sansone, el hermano menor y más desaprensivo, ha dado su primer libro con una alegría limpia y realmente deportiva.

Se llama LA TROMPETA DE LAS VOCES ALEGRES. Y el título, como el poemario, viene de esa juguetería interior que difunde al poeta en colores sonoros y músicas estriadas.

Conozco a Fusquito desde la raíz áspera y jovial del padre. El viejo Fusco — amigo mío — era un constructor italiano, que gritaba su lirismo estilográfico.

—Yo traje los estilos,—me decía una vez.

Tenía la pasión canónica de las frutas. A veces venían hasta mi mesa unos higos maternos. Me los mandaba el gran viejo.

Desde joven, llevaba un puñal envainado de plata labrada en la sisa izquierda del chaleco. Con sólo levantar el saco del lado del corazón y mostrar la prenda trágica, muchos huyeron tartamudeantes.

Era amigo de Santos, como los artistas griegos eran íntimos de Pericles. Evocaba, gozoso, aquella época intensa y arriesgada.

Murió de 85 años, en un baile. En la presencia circular del júbilo y la música, se embriagó mortalmente aquel cuerpo añado, bien sostenido y armonioso. Algunos amigos, violentados por la emoción, quisieron arrancarle el cuello.

—Más soavitá, — pedía. No sean brutos.

Y se estaba muriendo, apretado por la corbata.

:: ::

Nicolino sale derechamente de ahí. Le anda el padre en los puños, en las raíces de la lengua, en lo cargado del ímpetu, en su armonía tirante y su verso de vinos y juguetes.

Canta las cabras nodrizas. Y vocea su orgullo caprípede.

"Amamanté mi existencia
con la leche dulce
de las cabras jubilosas".

Le anima, de verdad, un chivo dinámico. Cúneo, al graficarlo, ha dado maravillosamente la clave teocritiana de Fusco.

Siente a la madre campesina con una frescura fluente y natural.

Los niños, las jugueterías, las playas, las noches del puerto, la primavera, las piernas de las mujeres, las hermanitas, las frutas, los bailes, los amigos, los juegos, la música, los episodios finos del mar, la sinfonía luminosa del universo: todo eso le cosquillea el pecho le baña la cara, le chifla en la testa aborascada de pelos, le pone la sangre entre las manos y en el ángulo corrido de las vértebras danzantes.

Fusco Sansone ha dicho, con un sentido vivo del arte, que este libro de las voces alegres es el libro de los 20 años.

Así, este libro no puede ser una nueva víctima para la avidez sucia de la crítica corriente. La crítica de la edad, del agraz, de la madurez, de la tragedia que hace conocer la vida, de tal tendencia, etc., etc.

Es el libro de los 20 años. El libro de un poeta de 20 años.

Realiza, con una virtud mendeliana, el espíritu de esa edad. Es claro, borbolloneador, de acidez pura, de soltura agresiva, de instinto flamante.

No se le puede contener en el sistema antibiológico de la crítica abellacada a todas las andanzas de la vida en el arte.

Hay que volver a ser niño, como se pide suavemente en el Evangelio, para gustarlo. Hay que sufrir una purificación hacia atrás, a fin de entenderlo en entusiasmo y sensibilidad.

Y ¿qué decir, ahora, de ciertas riquezas sorpresivas del libro?

"Tus miradas:

¡Qué carreras de golondrinas en el cielo!

Tu sonrisa:

¡Qué vaquita suave del amanecer!

Tu cabeza:

Fior de las noches en los campos.

Tu voz:

Dulzura de gorriones que juegan
Con los pies de los niños
En los caminitos de las chacras".
(Blanca luz de Parra del Riego).
"Los tres camaradas locos
Agarran la noche entre sus brazos
Y la hamacan".

(La música del mundo).
Sólo yo sentí la fiesta de tu voz
En el viento del mar".

(Canciones en la playa).
"En aquella noche las olas
Se quedaron solas".

(Canciones en la playa).
"Una banda de pies
Se deshace,

poniendo en la playa
Un rumor de nidos".

(Las piernas triunfantes)
"Trepas a los árboles

Por la escalera
De un ansia frutal".

(Carta a mi madre campesina).

"Un día sentiste
El anhelo de un hijo,
Y me lanzaste al mundo
Riendo".

(Canto a mi madre campesina).

"Abrí la pajarera de mis miradas".

(Mi primavera loca).

"La velocidad ardiente de los pájaros
Tendió su cama en el aire".

(Mi primavera loca).

"Corren tus jugos claros
Por los amplios caminos de mi cuerpo joven".
(Canto a la naranja).

"Pájaros locos con nidos colgados en el cielo".
(El canto más sano).

Y basta. Estas imágenes y estos nexos sutiles, ligados y extraños de las cosas, están imponiendo, furiosamente, la presencia de un poeta. De un poeta "clavado", como decimos los gauchos que sabemos jugar a la taba. Del que se puede decir a los criticastros solemnes y conocidos: Tiene veinte años, y no le falta nada. Le sobra todo: imágenes, armonía y hombría.

Y ahora, hermanito Fusco, acerque su caracol mojado a mi guitarra vegetal. Tráigame sus prometidos Cantos Marinos hasta la tierra huraña de mis coronillas, espinudos y de brasas acercantes.

Y acérquese, cuando quiera, a la rueda del mate familiar.

P E D R O L E A ^{AND} L E N D R O I P U C H E



E X P R E S S

En esas horas grandes como cimientos del tiempo;
cuando el júbilo de mirarnos
podaba nuestros ojos de toda brizna del mundo,
y anudábamos con los cables de la única luz
nuestras dos certidumbres de estar vivos y enhiestos.

Ibamos de retorno.

(La eternidad alzada)

Traspasados de días.

Con el renoor antiguo de los cuatro horizontes
al ver que arrebatábamos insaciables el viento.

En una sutil cabina poblada de virtuales ausencias;
pequeños corazones de metal gustadores de ondas
(ellas se abren como collares de eter más allá de las noches)

dejados atrás los rápidos clamorosos y turbios
que frecuentan los hombres.

En las grandes bahías sensitivas del cielo,
audacias luminosas que difunden abismo;

¡Muchedumbres de espacios que no se acuestan nunca!

En un tren-transatlántico-dirigible...

B R A N D A N C A R A F F A

LA TIERRA CÁRDENA

Los alemanes (cuando entienden) son entendedores grandiosos que todo lo levantan a símbolo y que sin miedo categorizan el mundo. Entienden a otra gente, pero sólo *sub specie aeternitatis* y encasillándola en un orden. Los españoles creen en la ajena malquerencia y en la propia gramática, pero no en que haya otros países. También en Francia son desentendedores plenarios y toda geografía (física o política entiéndase, que de la espiritual ni hablemos) es un error ante su orgullo. En cambio los ingleses — algunos — los trashumantes y andariegos, ejercen una facultá de empaparse en forasteras variaciones del ser: un desinglesamiento despacito, insintivo, que los americaniza, los asiaticiza, los africaniza y los salva. Goethe y Hegel y Spengler han empinado el mundo en símbolos, pero mejor hazaña es la de Browning que se puso docenas de almas (algunas viles como la de Caliban y otras absurdas) y les versificó una serie de apasionadas alegaciones, justificándolas ante Dios. Al que me pida otros ejemplos, le recordaré la vida del ajaponesado Lafcadio Hearn y la del capitán Ricardo Burton que fué de ceca en meca — literalmente — sin que los peregrinos agarenos que lo acompañaron hasta la Caaba notasen nada en él que fuese impropio de un musulmán y la de Jorge Borrow el agitanado que *chamullaba* y *chanelaba* el caló como cualquier chalán de Córdoba y la de este gran Hudson, inglés chascomusero y hombre de ciencia universal, que en pleno siglo XIX, en pleno progresismo y mañanismo ensalzó la criollez. Lo hizo en *The Purple Land* (La Tierra Cárdena) secuencia de aventuras peleadoras y aventuras de amor.

De esa novela primordial del criollismo les quiero conversar: libro más nuestro que una pena, sólo alejado de nosotros por el idioma inglés, de donde habrá que restituirlo algún día al purísimo criollo.

llo en que fué pensado: criollo litoraleño, criollo en bondá y en sorna, criollo del tiempo anchísimo que nunca picanearon los relojes y que midieron despacito los mates. Argumento casi no lo hay. Un tal Ricardo Lamb — recién casado con una niña argentina que se queda en Montevideo — recorre palmo a palmo el campo uruguayo y se entrevera en muchas vidas y en algún corazón. Este Lamb es un gran muchacho: vivo, enderezador, enamorado (así llama Cervantes a los enamoradizos y querendones) y apto para toda nobleza, ya de pensamiento, ya de pasión. Tiene opiniones además: opiniones ajenas, soltadizas, sobre lo ventajoso de la cultura, añadiduras que se le caen a unos meses de andar por las estancias y que rechaza con violencia patética. El capítulo anteuúltimo — en el que Lamb, desde el Sinaí pelado del Cerro, bendice el vivir gaucho y hace la apología del instintó y la condenación de las leyes — es el resumen racional de la obra. Ahí está claro y terminante el dilema que exacerbó Sarmiento con su gritona *civilización o barbarie* y que Hudson Lamb resuelve sin melindres, tirando derechamente por la segunda. Esto es, opta por la llaneza, por el impulso, por la vida suelta y arisca sin estiramiento ni fórmulas, que no otra cosa es la mentada barbarie ni fueron nunca los malevos de la Mazorca los únicos encarnadores de la criollez. Hudson, por boca de Lucero — un domador floriense y gran conversador de pulpería, que charla en su novela — no sufre la política y dice de ella que no es sino una intromisión ciudadana en la vida rural. Lo mismo me dijo Spengler antenoche en la página ciento trece de su segundo y aun intraducido volumen... El sentimiento criollo de Hudson, hecho de independencia baguala, de aceptación estoica del sufrir y de serena aceptación de la dicha, se parece al de Hernández. Pero Hernández, gran federal que militó a las órdenes de don Prudencio Rozas, ex-federal desengañado que supo de Caseros y del fracaso del agauchamiento en Urquiza, no alcanzó a morir en su ley y lo desmintió al mismo Fierro con esa palinodia desdichadísima que hay al final de su obra y en que hay sentencias de esta laya: *Debe el gaucho tener casa — Escuela, Iglesia y Derechos*. Lo cual ya es puro sarmientismo.

Otra diferencia que media entre el *Martín Fierro* y la *Tierra Cárdena* es la insalvable que se alza entre un destino trágico — inevitabilidad del penar — y un destino feliz, que a pesar de odios y tardanzas, jamás depone su certidumbre de amor. Esto es, la gran semejanza entre los veinticinco años fervientes de Lamb y los cuarenta sentenciosos de Fierro.

La Tierra Cárdena es el libro de un curioso de vidas, de un gustador de las variedades del yo. Hudson nunca se enoja con los interlocutores del cuento, nunca los reta ni los grita ni pone en duda la verdad democrática de que el otro es un *yo también* y de que yo para él soy un otro y quizá un *ojalá no fuera*. Hudson levanta y justifica lo insustituible de cada alma que ahonda, de sus virtudes, de sus tachas, hasta de un modo de equivocarse especial. Así ha trazado inolvidables destinos: el del montonero Santa Coloma, el de Candelaria, el de la inglesada inmigrante, muy charladora de su obligatoria energía y muy quebrantada de ron, el del infeliz Epifanio Claro y el más triste y lindo de todos: el de Mónica, la chinita del Yí que a un forastero le da todo el querer, sencillamente, como quien da una mirada. Esos vivires y los que pasan por la fila de cuentos que se llama El Ombú, no son arquetipos eternos; son episódicos y reales como los inventados por Dios. Atestiguarlos es añadirse vidas claras — nobles casi siempre, también — y enanchar el yo a muchedumbre. El Ricardo Lamb sí es eterno. Es el héroe de toda fábula, es el quijote normalísimo al que le basta ser esperado y audaz, como a las mujeres les basta con ser buenas y lindas. Oyéndolo vivir, me ha sucedido el envidiarlo con alguna frecuencia, sin perderle nunca amistad. ¡Cuánta luna campera para un solo hombre, cuántas de a pie con alfajor y sin miedo y alerta corazón, cuánto casual amor para recordarlo después en la seguridad del único amor!

Jorge Luis Borges.



VOLVIENDO DEL AMOR

Aguardé el amor, oh Amada, dulcemente
como aguarda el agua de la fuente
a la imagen de niña que la aclara.
Así abríle el corazón para que entrara
suavemente,
como quien abre a la luna una ventana.

Oh amada! hoy sólo eres
una larga pena, bien llorada
—pena que es todo mi corazón por fuera—

Ya la luna no abre las ventanas
Y vuelvo, solo del amor, sin ella.

G U I L L E R M O J U A N



ALBERTO HIDALGO
SALGUERO DELA-HANTY

LE NAVIRE D'ARGENT

La brava Adrienne Monnier que a los veinte años, durante la guerra, fundó su librería "La Maison des Amis des Livres" en la Rue de l'Odeon Nro. 7 con un espíritu apostólico admirable, teniendo por único objeto enseñar a amar los bellos libros al público, hoy ensancha sus fronteras lanzando una revista literaria "Le Navire d'Argent". Su secretario de redacción Jean Prevost fué secretario de la Nouvelle Revue Française cuando el malogrado Jacques Rivière era director.

..Adrienne Monnier rodeada por la élite literaria moderna de Francia: Paul Claudel, Valery Larbaud, Paul Valery, Saintleger Léger, Jules Román, André Gide, Jules Supervielle, Georges Chenevière, Luc Durtain, Georges Duhamel, Paul Morand, Jean Prevost, y muchos otros que sería muy largo enumerar, encontraron en ella su mejor amiga, aliada, y divulgadora de sus obras, hoy contribuyen con sus producciones al brillo e interés de su revista.

Copio el programa que esta publicación se impone y que en sus tres números aparecidos ha cumplido con admirable puntualidad.

"Cada número contendrá textos importantes de escritores llegados a la Maestría.

"Las obras de los jóvenes serán objeto de una particular atención; los recién venidos serán presentados por introducciones.

"Haremos conocer, por estudios y traducciones hechas con cuidado, los escritores significativos del extranjero.

"Una o dos veces por año, según los elementos de que seamos provistos, publicaremos números especiales consagrados, ya sea a un gran tema, ya sea a un grupo representativo de producciones francesas y extranjeras. Estos números no apuntarán a la encuesta, pero al estudio, no reunirán pues más que testimonios competentes y obras dignas de atención.

"Los servicios Críticos y de Información serán asegurados de varias maneras:

“1.º Por la publicación, en cada número de un estudio consagrado a una obra o a un conjunto de vivo interés.

“2.º Por una revista de crítica literaria hecha en un espíritu de imparcialidad y de síntesis, nuestro trabajo tenderá a desembarazar la opinión general; se encontrará lo esencial de los juicios autorizados aparecidos, en el transcurso del mes en cotidianos y revistas.

“3.º Por informaciones individuales, bajo forma de correspondencias privadas según las necesidades y los gustos que quieren bien señalarnos. Estas informaciones podrán alcanzar todo tema de cultura general: Letras, Filosofía, Ciencias, Historia, Cuestiones Morales y Políticas, Artes...

“4.º Por la publicación de trabajos de Bibliografía retrospectiva aplicada a temas de conjunto.

“5.º Por el envío de trabajos de Bibliografía mensual de todos los libros nuevos.

“A este programa, estamos prontos a agregar lo que nuestra experiencia nos dictará, lo que élite quiera sugerirnos o aconsejarnos.

“Nuestro fin es, ante todo, servir los mejores escritores de este tiempo, es decir los que se ligam a la forma y a su duración los que sin repetir el pasado lo continúan.

“Quisiéramos igualmente, esto por razones que serán sensibles a todos, servir la cultura moderna en sus manifestaciones nacionales e internacionales.

“Contamos principalmente con nuestros servicios de información individuales para llenar esta segunda meta, a fin de dejar a la revista misma la unidad y la pureza que se debe esperar de una publicación que se dirige a los letrados.

“Ensayaremos pues, por nuestro Correo, realizar un Oficio ideal que pueda prestarse a todos los intercambios de ideas, que sepan crear lazos flexibles, vivos, amistosos entre los buenos espíritus de todos los países”.

En América, nuestra Proa ha cumplido gran parte de este programa en su corta vida, sea el “Navire d’Argenti” más venturoso que nosotros y pueda él surcar los mares sin encontrar escollos y borrascas! Sea el bien venido en América desde que nos trae lo mejor del pensamiento francés.



C A R T A S

A LAS CARTAS SOBRE *Proa* DE MACEDONIO FERNÁNDEZ, PEDRO LEANDRO IPUCHE, FERNÁN SILVA VALDÉS, GUILLERMO DE TORRE, FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ, ALFONSO REYES QUE PUBLICAMOS EN NUESTRO N.º 11 AGREGAMOS HOY ESTAS TRES, CUYOS AUTORES SE SITUAN, POR ELAS, EN NUESTRO CUERPO DE REDACTORES.

En una carta particular a Ricardo Güiraldes y Adelina del Carril, Valerio Larbaud contesta a la invitación de *Proa* por esta frase:

Encargo a Ricardo de darles las gracias a los directores de Proa y decirles que tienen en París admiradores y amigos prontos a ayudarlos de todos modos.

VALERIO LARBAUD

Casa de ustedes, 12 de agosto de 1925.

Señores

*Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa y Ricardo Güiraldes,
Presente.*

Queridos compañeros:

Recibí vuestra carta, vale decir mi nombramiento de oficial de ese barco. No la he contestado ni contesto todavía, porque estoy de mudanza y seguramente he guardado mi inteligencia en el fondo de algún

baúl, pues no me sale una línea digna de la respuesta que balbucea mi corazón. Si la encuentro pronto, les mandaré por correo unas palabras. Sólo que no sé si cabrán muchas estrellas dentro del sobre.

Como anticipo de ese cielo, quiero decirles que estoy todo yo al servicio de esa obra de abrir rutas en el mar pobre de ellas. Y aquí quedo esperando el momento de oír el timbre de llamada para ir a cuadrarme ante ustedes, la mano frente a la sien, a la voz de: "¡Presente, mi Capitán!"

ALBERTO HIDALGO

México.

Comprobando que la revista PROA "se refresca de optimismo por su voluntad de vencer distancias" encuentro la fibra sensible y fuerte de su diferencia específica. Como muchas revistas, sí, pero con la voluntad — que no aparece en las otras — de acortar y anular distancias.

La revista de los escritores de mi grupo tendrá un empeño semejante: establecer las corrientes de aire del mundo. No importa que algunos huéspedes enfermen de pulmonía. Allá ellos.

Siga PROA dirigida y feliz. Sola como hasta ahora.

XAVIER VILLAURRUTIA



Martín Fierro

Periódico quincenal
de Arte y Crítica libre

Dirección y Administración:
VICTORIA 3441

ALFAR

DIRECTOR:
JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño 23
LA CORUÑA
ESPAÑA

RODÓ

Revista Bimestral de Literatura,
Sociología, Bellas Artes y Crítica

DIRECTORES:
AGUSTÍN CASTELBLANCO
EMILIO COURLET

Casilla 6019
SANTIAGO DE CHILE

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:
ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN:
LIBERTAD 543
Buenos Aires

REVISTA DE OCCIDENTE

Publicación mensual

DIRECTOR:
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

MADRID - Apartado 12.206
Avenida Pi y Margall 7
(2.º Trozo Gran Vía)

VALORACIONES

Revista Bimestral de
Humanidades, Crítica y Polémica

ÓRGANO DEL GRUPO DE ESTUDIANTES
RENOVACIÓN DE LA PLATA

LA PLATA
ARGENTINA

Dr. E. R. Bernasconi Cramer

OCULISTA

1468 - JUNCAL - 1468

U. T. PLAZA 1511

Dr. Carlos F. Rophille

Médico Interno del Hospital N. de
Clínicas. Adscrito a la Cátedra de
Medicina Operatoria. Jefe de los
trabajos prácticos de Clin. Geneología

1637 - VIAMONTE - 1637

U. T. 2973, 3421 y 1600, Juncal

Dr. ANTONIO EGÜES

Médico del Instituto de Clin. Quirúrgica
Hospital de Clínicas

2009 - MELO - 2009

3.^{er} PISO

U. T. JUNCAL 2066

ARTURO J. RISOLIA

MÉDICO CIRUJANO

736 - PUEYRREDÓN - 736

U. T. MITRE 0953

A D O L F O
BULLRICH y Cía.

REMATES Y
COMISIONES

AVENIDA ALEM 1950

U. T. 2936, JUNCAL

BUENOS AIRES

PIELES
LOPEZ

FUNDADA EN 1880

PARIS

37 Boul de Strasbourg.

Florida Esq. Córdoba

U. T. 31, Retiro

BUENOS AIRES



CAFES TORRADOS AGUILA

Café AGUILA Superior

CHOCOLATES AGUILA

CHOCOLATINES
AGUILA

BOMBONES "NEC PLUS ULTRA" 1

Fabricas en
BUENOS AIRES
y
MONTEVIDEO

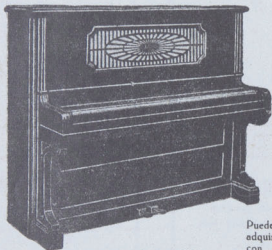
150
SUCURSALES
SUDAMERICANAS



FABRICA PRINCIPAL Y ADMINISTRACION GENERAL
CALLE HERRERA 855 BUENOS AIRES

EL PIANO BECHSTEIN

reune en su construcción las más altas cualidades acústicas y mecánicas conseguidas hasta el presente. De ahí el encanto que producen sus voces claras, armoniosas e incomparablemente bellas, en el ánimo de quien las oye.



Pueden
adquirirse
con
facilidades
de pago

Harrolds

Bs. As. Ltd.

Departamento de MUSICA
planta baja

Representantes exclusivos

Róbes
Manteaux
Chapeaux
Fourrures
Coiffures
Gants
Parfumerie



Produits
de beauté
Massage
fascial
Manucure
Chaussures
de luxe

AUGUSTE

Esmeralda 1048 U. T. 41, Plaza 1847 Buenos Aires
U. T. 41, Plaza 1806

KERTEUX

LIBERTAD
1249



Buenos Aires
Unión Telefónica 41
Plaza 0831

ANTIGÜEDADES

P R O A

AVENIDA QUINTANA 222

PRECIO DE SUCRIPCIÓN

| | |
|-------------------------|------------------------------------|
| Año | \$ ^m / _n 5.— |
| Semestre | „ „ 3.— |
| Número suelto | „ „ 0.60 |

EXTERIOR

| | |
|--|-------------------------------------|
| Año | \$ [%] / _n 2.50 |
| Colección de los 12 primeros números a | \$ ^m / _n 10.— |
